

Aprender de Çatal Hüyük

La abundancia de material producido por Çatal Hüyük no tiene parangón en ningún otro emplazamiento Neolítico. Es más, al no ser una aldea sino un pueblo o una ciudad, sus productos tienen un aire definitivamente metropolitano: Çatal Hüyük podía afrontar lujos tales como espejos de obsidiana, dagas ceremoniales y baratijas de metal que se encontraban más allá del alcance de la mayoría de sus contemporáneos conocidos. El cobre y el plomo eran fundidos y añadidos a cuentas, tubos y, posiblemente, a pequeñas herramientas haciendo retroceder, de este modo, los comienzos de la metalurgia al séptimo milenio [a.C.]. La industria de la piedra en obsidiana local y sílex importado es la más elegante del periodo; sus vasijas de madera son variadas y sofisticadas, la industria textil de la lana se encuentra plenamente desarrollada [...] Si bien los regalos funerarios no eran tan ricos de acuerdo a los estándares posteriores, son menos moderados que en otras culturas contemporáneas [...] El comercio está bien establecido [...] [y] hay evidencias de la existencia de una religión neolítica a través de numerosos santuarios, decorados artísticamente con relieves en yeso [...] o con murales de uno o más colores. (Mellaart, 1967: 22-23)¹²

Çatal Hüyük (que según la fonética inglesa se pronuncia cha-TAHL-hu-yook), es en muchos sentidos aún más convincentemente reveladora que Jericó en lo que se refiere a los primeros desarrollos del espacio urbano. Ello no se debe a que esta ciudad haya precedido a este antiguo asentamiento o a que pueda alegar la tenencia de indicios más antiguos de una agricultura avanzada, sino debido a que sus excavaciones ofrecen una extraordinaria mirada acerca de la vida cotidiana y acerca de una sorprendente colección de innovaciones tecnológicas y artísticas. Además, desde su descubrimiento a finales de la década de 1950, el lugar se ha convertido en el foco de una literatura interpretativa muy extensa, no sólo acerca del origen de las ciudades, sino acerca de aspectos más generales de la condición humana.¹³

¹² James Mellaart, *Çatal Hüyük*, Londres, Thames and Hudson, 1967. «A Neolithic City in Turkey», un informe previo de sus hallazgos, apareció en un artículo ampliamente citado en *Scientific American*, núm. 210-14, 1964, pp. 94-104. También se recomienda consultar Mellaart, *Earliest Civilisations of the Near East*, Londres, Thames and Hudson, 1975, y numerosos informes en la revista *Anatolian Studies*. Los descubrimientos e interpretaciones de Mellaart acerca de dicho lugar han estimulado distintas reinterpretaciones iconoclastas acerca de los orígenes de las ciudades, incluyendo la de Jane Jacobs, *The Economy of Cities* (1969) y, más recientemente, la de Murray Bookchin, *From Urbanization to Cities: Towards a New Politics of Citizenship*, Nueva York, Cassell, 1995.

¹³ Hasta donde llega mi conocimiento, no se ha desarrollado una literatura tan abundante sobre Jericó, que continúa siendo recordada más allá de su significado arqueológico, fundamentalmente por sus connotaciones bíblicas y por su extensión. Para realizar una comparación interesante, chequeé los sitios de Internet de ambos lugares. Mi última conexión a través de Yahoo! indicó 3.186 páginas de Internet para Çatal Hüyük, y sólo 34 para Jericó (en su mayoría referidas a ciudades de Estados Unidos con ese nombre, un luchador y una banda de rock de Los Ángeles).

Voy a analizar estos importantes debates en tres etapas, primero, a través del trabajo de James Mellaart, el destacado arqueólogo que popularizó esta notable ciudad neolítica; luego, a través de las ampliaciones realizadas por la urbanista Jane Jacobs; y, finalmente, a partir de las recientes excavaciones, que aún se encuentran en curso, del Catalhöyük Research Project, coordinado por Ian Hodder, un antiguo alumno de Mellaart y, tal vez, el arqueólogo postmoderno más conocido en términos teóricos y críticos de la actualidad.

James Mellaart y el Neolítico urbano

Tal y como señala Mellaart, entre los años 7.000 y 5.000 a.C. la meseta de Anatolia pudo haber superado al Levante Natufiano como la región más avanzada en términos culturales del mundo Neolítico, con un desarrollado sistema de asentamientos urbanos repartidos en miles de kilómetros cuadrados y con una sociedad urbana local con «un aire definitivamente metropolitano». ¹⁴ Mellaart y su equipo excavaron doce niveles de edificación sucesivos en aproximadamente algo menos de media hectárea [un acre] de las 19 del emplazamiento de Çatal Hüyük, proporcionando una imagen excepcionalmente vívida de la temprana evolución del urbanismo como modo de vida. A diferencia de Jericó, Çatal Hüyük nunca estuvo rodeada por sólidas fortificaciones de piedra. Tal y como se puede observar en la esquemática reconstrucción de la figura 1.5, el espacio urbano consistía en una densa aglomeración, tipo pueblo, de casas unidas entre sí, sin calles o senderos entre ellas, al menos a nivel del suelo. El acceso y los movimientos dentro del mismo se producían a través de los techos escalonados, y contaban con una defensa contra las intrusiones humanas y naturales que consistía simplemente en un perímetro continuo de madera reforzada y de paredes sin puertas. Había al menos una plaza pública que puede haber servido como mercado, y una gran cantidad de pequeños patios, que probablemente eran utilizados como fosas para la basura. También había muchos santuarios, aproximadamente en una de cada cuatro casas, pero no había indicios de la existencia de un centro o templo religioso dominante. Los santuarios y una gran cantidad de casas estaban minuciosamente decoradas con murales, relieves de yeso, estatuas religiosas, cabezas de animales y cuernos de toro.

¹⁴ La investigación arqueológica en Anatolia, posterior al trabajo de Mellaart, ha identificado una larga hilera de grandes asentamientos como Asikli y Çayönü que preceden considerablemente a Çatal Hüyük. Consúltese, por ejemplo, Ufuk Esin, «Salvage Excavations at the Pre-Pottery Site of Asikli Höyük in Central Anatolia», *Anatolica*, núm. 17, 1991, pp. 123-174.

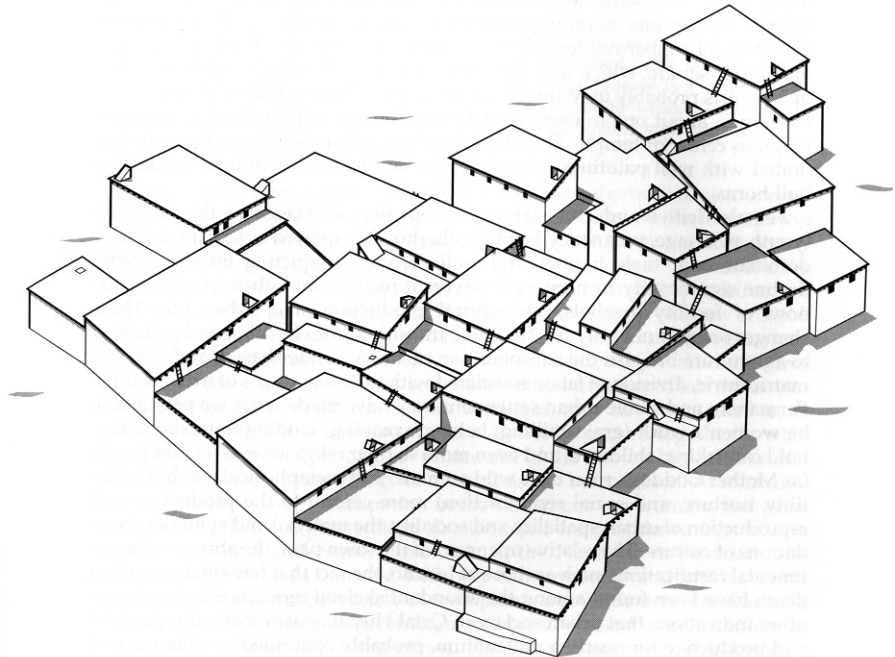


Figura 1.5. Vista pictórica de Çatal Hüyük por Grace Huxtable [fuente: James Mellaart, *Çatal Hüyük*, Londres, Thames and Hudson, 1967, p. 62, reconstrucción esquemática de una sección del nivel IV con casas y santuarios elevándose en terrazas encima de los mismos].

Las deidades femeninas y las estatuas de culto, que representan todos los estadios del ciclo vital (juventud, matrimonio, embarazo, nacimiento, maternidad, ancianidad), dominaban ampliamente sobre las figuras masculinas; y los murales que representaban escenas de caza eran inferiores en número a las representaciones realistas y abstractas de los símbolos de la fertilidad, la producción agrícola y la vida urbana. Estos cambios sugieren no sólo la transición neolítica de la caza y la recolección hacia la agricultura sino también la consolidación de una nueva división del trabajo basada en el género, probablemente matricéntrica, asociada a las primeras etapas de la urbanización. El asentamiento urbano permanente y estable podía haber estado a cargo de aquello que presumimos debía haber constituido la labor de las mujeres (la molienda del grano, el horneado, el tejido, atender a los animales, el cuidado de la casa y de los niños). Más aún, su poder religioso y secular (como Diosa Madre, soberana de los animales salvajes y símbolo metafórico de la fertilidad, la crianza y la reproducción social) debía haber sido central para la producción y reproducción de la espacialidad y la sociabilidad urbanas los

fundamentos materiales y simbólicos de la cultura. La relativa apertura del plano de desarrollo urbanístico, la ausencia de fortificaciones monumentales como las de Jericó, el hecho de que se hayan encontrado pocos signos de muerte violenta entre los restos de esqueletos excavados y otros indicios de que la sociedad urbana de Çatal Hüyük fue sorprendentemente pacífica y productiva durante alrededor de un milenio, probablemente continuó aumentando, y también fue incrementado, por el poder social de las mujeres, al menos hasta el surgimiento de las primeras ciudades-estado mesopotámicas más institucionalizadas alrededor del 4000 a.C.

Las observaciones de Mellaart acerca del papel de la mujer y, especialmente, su polémica sobre la Diosa Madre como deidad suprema de la ciudad han incitado un amplio debate que continúa en la actualidad, especialmente en las críticas feministas académicas hacia las religiones patriarcales establecidas y en el reciente incremento del interés sobre las teorías y cultos de la Diosa Madre.¹⁵ En su popular artículo publicado en *Scientific American*, Mellaart escribe lo siguiente:

Yo afirmaría, quizás erróneamente, que la religión neolítica de Çatal Hüyük [...] fue creada por mujeres. En contraste con casi todos los «cultos de fertilidad» previos o posteriores de Oriente Próximo, carece del elemento de vulgaridad sexual y erotismo que es asociado, casi automáticamente, con la fertilidad y que, probablemente, sea la contribución masculina. Si la religión de Çatal Hüyük es una creación femenina, uno tiene la extraña oportunidad de explorar la mente de la mujer neolítica a través del estudio del simbolismo que ella utilizaba en su esfuerzo por comprender e influir en los misterios de la vida y la muerte. (1964: 101)

Aquello que aquí es representado constituye, como mínimo, un aspecto del igualitarismo de género primitivo, un tiempo en el cual no parece haber existido una gran diferencia entre el poder social de hombres y mujeres. Se trata de un aspecto que continúa siendo relativamente minimizado e inadecuadamente comprendido. En su máximo alcance, nos brinda información

¹⁵ Los debates acerca de la Gran Diosa se encuentran íntimamente vinculados al trabajo de Marija Gimbutas, una arqueóloga de Europa del Este, autora de libros tales como *The Goddesses and Gods of Old Europe, 6500-3500 B.C.: Myths and Cult Images*, Berkeley, University of California Press, 1974 [ed. cast.: *Diosas y dioses de la Antigua Europa*, Madrid, Istmo, 1991] y *The Language of the Goddesses: Unearthing the Hidden Symbols of Western Civilization*, San Francisco, Harper and Row, 1989 [ed. cast.: *El lenguaje de la Diosa*, Oviedo, Dove, 1996]. Inspirada en parte por los hallazgos de Mellaart, Gimbutas señala que los primeros símbolos e imágenes neolíticas giran en torno a una «diosa auto generada» que era una dadora-de-vida, ejecutora-de-la-muerte y regeneradora. A pesar de que dichas religiones fueran, probablemente, matrilineales y «matrísticas», la autora señala que no eran estrictamente matriarcales sino que otorgaban mucha importancia a los modos de nutrir y alimentar la vida de las personas, en oposición al «foco machista en la dominación» que los reemplazaría en el posterior desarrollo de las ciudades-estado.

simbólica y política de utilidad y relevancia para los debates contemporáneos sobre el género y el poder y, en particular, en el esfuerzo por dejar al descubierto un persistente sesgo machista presente en los escritos de muchos arqueólogos, prehistoriadores y demás estudiosos. Más adelante volveremos sobre dichos temas.

Otras reconstrucciones de los espacios habitados de Çatal Hüyük nos ofrecen nuevas visiones de la división social y espacial del trabajo específicamente urbana, que se estaba desarrollando en el nuevo hábitat y que, en esas fechas, podría haber agrupado a más de 6.000 personas. En la actualidad, hay quienes afirman que habrían sido más de 10.000 las personas que vivieron juntas en el asentamiento que de forma clara era el más densamente poblado del mundo neolítico conocido, tan lejos de una aldea agrícola de la época como pueda imaginarse. Hasta posteriores etapas, por lo menos, las ocupaciones principales en el asentamiento eran la caza y la recolección, pero la densa aglomeración también incluía a algunos de los primeros agricultores y criadores de ganado sedentarios que se hayan conocido, pioneros en la domesticación neolítica de plantas y animales. En Çatal Hüyük, y a diferencia del asentamiento contemporáneo de Haçilar al Oeste, que aún no era cerámico, eran cultivadas una gran variedad de plantas comestibles en y alrededor de la misma, incluidos los trigos emmer, einkorn y blando, cebada, guisantes, lentejas, distintos tipos de algarrobas y plantas oleíferas. La dieta era complementada con otras semillas plantadas de forma intencionada e incluía bellotas, almendras, pistachos, manzana, enebrina y almezina, ésta última empleada para elaborar vino.

El hecho de que la población de Çatal Hüyük también contara con un extraordinario grupo de artistas, artesanos, fabricantes y comerciantes muy habilidosos resulta tan importante como lo anterior. La lista de Mellaart de ocupaciones posibles incluye las siguientes:

[...] los tejedores y los cesteros, los tejedores de esteras, los carpinteros y ebanistas; los hombres que hacían las herramientas de piedra pulida (hachas y azuelas, pulidoras y molinillos, cinceles, mazas y espátulas); los fabricantes de cuentas, quienes realizaban agujeros en cuentas de piedra que ninguna aguja de acero moderna podría penetrar, y tallaban pendientes y utilizaban incrustaciones de piedra; los fabricantes de cuentas de conchas de dentalium, cauri y ostras fósiles; los talladores de sílex y obsidiana, quienes producían las dagas, puntas de lanza y flecha, cuchillos, cuchillas de hoz, espátulas y perforadoras; los comerciantes de pieles y cuero; aquellos que trabajaban el hueso haciendo punzones, sacabocados, cuchillos, espátulas, cucharones, cucharas, arcos, poruñas, palas, agujas de jarreta, hebillas de cinturón, botones de asta, alfileres y palillos cosméticos; los talladores de cuencos y cajas de madera; los fabricantes de espejos, los fabricantes de arcos; los hombres que martilleaban el cobre en láminas y luego lo transformaban en

cuentas, pendientes, anillos y otras alhajas; los constructores; los mercaderes y comerciantes que obtenían toda la materia prima; y, finalmente, los artistas —los escultores de estatuas, los que modelaban arcilla y los pintores. (Mellaart, 1964: 99)

La lista comienza con los tejedores que confeccionaron los textiles y las alfombras tejidas más antiguas de lo que hasta el momento haya sido descubiertas en un yacimiento arqueológico. Probablemente dichos tejedores fueran en su mayoría mujeres. Otra primicia viene representada por los trabajadores del cobre y el plomo autóctonos, que dieron forma a los orígenes de la metalurgia. Tal vez aquí también haya surgido la primera industria de armas de ciertas proporciones y, por cierto, los productores del símbolo primordial de autorreflexión e identidad humanas, el espejo. Elaborados con obsidiana pulida en forma de semiesfera con la parte posterior de yeso, los primeros espejos confeccionados de forma intencionada marcaron el comienzo de otro tipo de producto proveniente de la sorprendentemente industriosa población de Çatal Hüyük. La alfarería se encuentra particularmente ausente de la lista, en parte porque Mellaart subestima la gran importancia que la mayoría de los arqueólogos le han otorgado. Pero incluso aquí hubo algunos logros que despejaron el camino. A pesar de su simplicidad, su fragilidad y la ausencia de decoración, la primera cerámica en el mundo también proviene de Çatal Hüyük y la región cercana del norte de Siria.

La lista concluye con los artistas —los escultores, aquellos que modelaban en arcilla y los pintores— y aquí también es posible encontrar una creatividad y una capacidad de innovación verdaderamente extraordinarias, incluyendo los primeros cuencos de madera tallada en el mundo (mucho mejores que las vasijas de cerámica) y notables estatuas religiosas, algunas de las mejores que hayan podido hallarse en aquella época. No obstante, hay un fresco muy especial —y espacial— que guarda una particular importancia para la geohistoria del espacio urbano. Se trata de una pintura de pared o mural ubicada en uno de los santuarios más antiguos, y que podría ser no sólo el primer paisaje que alguna vez haya sido pintado, tal y como reconocen la mayoría de los libros de texto de historia del arte, sino también un ejemplo original de una forma de arte *urbano* panorámico, particular y consciente, que expresa de modo extraordinario la existencia de una conciencia popular de la especificidad espacial del urbanismo.¹⁶ Como puede observarse en la figura 1.6, la pintura mural, que data de alrededor del año 6.150 a.C., ilustra en primer plano una creativa e increíblemente detallada representación cartográfica del espacio urbano, aunque percibida de modo abstracto. En dicho detalle de la pintura, se pueden contar alrededor de 75 edificios separados, todos ellos

¹⁶ El fresco de Çatal Hüyük figura en el libro Guinness de los Records como la primera «pintura de la naturaleza» en el mundo.

similares en su forma pero cada uno singularmente retratado, insinuando la existencia de un entorno construido de modo equitativo pero individualizado.¹⁷ Lo que resulta aún más sorprendente es que hasta la aparición de las pinturas *veduta* de Venecia, Florencia y de otras ciudades renacentistas, alrededor del año 1.300 y, tal vez, unos pocos paisajes japoneses con algunas figuras urbanas dibujadas que datan de la misma época, el paisaje urbano panorámico de Çatal Hüyük ha permanecido como la única pintura de su tipo que haya sido hallada en el mundo durante los siguientes 7.000 años.¹⁸

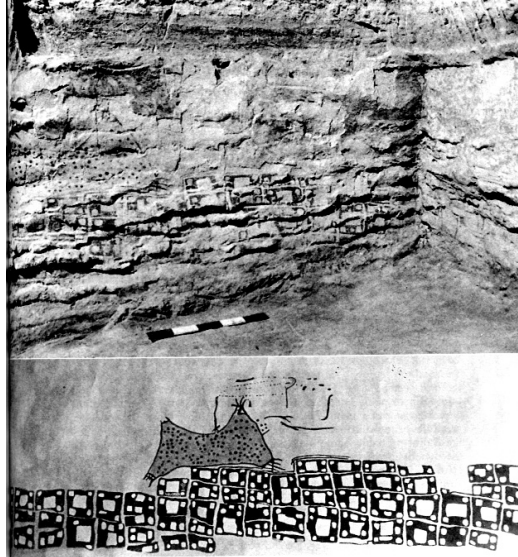


Figura 1.6. Reconstrucción y original de una pintura del espacio urbano en Çatal Hüyük [fuente: (arriba) James Mellaart, *Çatal Hüyük*, 1967: lámina 60; (abajo) de la Croix, Tansey y Kirkpatrick, *Art Through the Ages*, 9ª edición, Nueva Cork, Harcourt Brace Jovanovich, 1991, p. 46, figura 2-8, paisaje con erupción volcánica (?), detalle de una copia de un mural del nivel VII, Çatal Hüyük, alrededor del año 6.150 a.C.].

¹⁷ Al observar dicho paisaje urbano vienen a mi mente las casas de los canales de la Ámsterdam contemporánea que analicé en el capítulo 9 de *Thirdspace*, cada una de ellas similar y única al mismo tiempo, y el talento holandés para la pintura de paisajes urbanos panorámicos del siglo XV.

¹⁸ He estado buscando excepciones a dicha afirmación desde el momento en que me encontré con su inocente mención en textos de historia del arte tales como H. de la Croix, R. G. Tansey y D. Kirkpatrick, *Art through the Ages*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1991. Hay algunas pinturas de escenas portuarias en las islas griegas que representan paisajes urbanos precristianos y muchos mapas de la antigua Roma, y murales que muestran importantes edificios y escenas en la calle. Sin embargo, aún no he hallado ninguna pintura que represente el tipo de vista aérea general de una ciudad que aparece en Çatal Hüyük y que haya sido realizada antes de aproximadamente el año 1.200.

El espacio urbano representado se extiende a lo largo de un fondo realizado por un volcán de dos picos ligeramente en erupción, pintado en un vívido bermellón. El monte cinabrio, seguramente el elevado Hasan Dag de 3.200 metros de altura, flota por encima del plano del pueblo, y sin embargo parece haber determinadas líneas que conectan los dos mundos, el de la naturaleza y el de la cultura, lo «crudo» y lo «cocido», lo sagrado y lo profano. Una parte importante de la economía urbana se construyó sobre la base del comercio de obsidiana, un regalo del volcán que requeriría ser recompensado socialmente y respetado ecológicamente.¹⁹ La naturaleza debe ser tanto temida como propiciada, dado que puede proveer esa «abundancia de riquezas» de la cual toda cultura urbana civilizada depende. La naturaleza no existe sólo fuera de la ciudad de Çatal Hüyük, también está incorporada en su cultura territorial y en su zona simbólica como un elemento fundamental de la economía y de la sociedad locales, indicando el comienzo de la producción social de una «segunda naturaleza» intrincadamente implicada en el proceso de urbanización.

A pesar de que Mellaart nunca utiliza el término «Neolítico Urbano», sus descubrimientos en Çatal Hüyük (respaldados por ciertos desarrollos en Jericó) apoyan, e incluso alientan, la posibilidad de imaginar la existencia de dicho periodo, el cual hasta el momento no constituía más que una yuxtaposición imposible de términos. No resulta sorprendente que ningún arqueólogo o prehistoriador serio haya dado este salto en los más de 30 años que han transcurrido desde que Mellaart realizase sus excavaciones más importantes, teniendo en cuenta el estricto control de la secuencia canónica que hace de la agricultura una condición *sine qua non* del urbanismo. Sin embargo, una de las urbanistas más importantes de la década de los sesenta vio rápidamente la posibilidad de anteponer lo urbano a la revolución agrícola o, al menos, de combinarlos en una dinámica simultánea e interrelacionada. Retornemos a Jane Jacobs.

Aprender de Nueva Obsidiana

En *La economía de las ciudades* [1969 edición inglesa, 1971 edición española], Jacobs reflexiona acerca del trabajo de Mellaart y se lanza a realizar su propia revisión imaginativa de la Revolución Urbana y de la evolución de las ciudades, utilizando a Çatal Hüyük como una suerte de magdalena de

¹⁹ Aquí me vuelve a la mente Ámsterdam y esos panoramas urbanos que captan las imponentes incursiones del Mar del Norte y los polders que eran creados por el lodo de la naturaleza.

Proust para recordar los principales orígenes (contemporáneos) de la urbanización. Si bien no todas sus afirmaciones pueden resistir los criterios más rigurosos de los antiguos historiadores y arqueólogos clásicos, el argumento central es lo suficientemente poderoso y agudo como para que merezca nuestra atención, especialmente porque logra demostrar la importancia geohistórica y contemporánea de poner las ciudades primero.

La fecha de publicación de *La economía de las ciudades* resulta significativa. No sólo por el hecho de que el libro haya aparecido poco tiempo después del momento álgido de las insurrecciones urbanas de la década de los sesenta, cuando la atención del mundo estaba focalizada en las ciudades, sino también porque implicó la aparición de Jacobs como una poderosa competidora de Lewis Mumford en su papel como el intelectual público y crítico de la vida urbana más importante del país. El libro de Mumford, *La ciudad en la historia*, había aparecido en 1961 y era generalmente considerado como su *magnum opus*, una interpretación histórica definitiva de la ciudad, desde sus formas ancestrales hasta sus regresiones y problemas actuales. Al igual que todas las buenas historias, el libro de Mumford dilucidaba el pasado con un proyecto muy contemporáneo en mente, un proyecto que reflejaba el anarquismo y el regionalismo moderado y opuesto a la gran ciudad que moldeó todos sus escritos. La atractiva reconstrucción de la aldea agrícola preurbana realizada por Mumford, fue particularmente relevante para los debates sobre el origen de las ciudades y para la reconstrucción de dichos acontecimientos llevada a cabo por Jane Jacobs. El sinecismo y, en consecuencia, la ciudad son definidos simplemente como «una unión de aldeas» e implícitamente como un proceso destructivo, violento y de dominación de los hombres que transforma la cultura tradicional de las aldeas. Separando ambas tendencias del desarrollo, Mumford afirma que «la aldea se multiplicó y se difundió por completo con más rapidez y más eficacia que la ciudad; y si bien se encuentra ahora al borde de su anonadamiento por la urbanización, mantuvo el antiguo estilo de vida popular durante milenios y sobrevivió al continuo ascenso y destrucción de sus rivales más grandes, más ricos y más atrayentes» (1961: 28). Mumford prosigue su desarrollo con una original estrofa acerca de la capacidad de la aldea para sobrevivir a la embestida urbana, que le fue sugerida por Patrick Geddes, su mayor mentor e inspirador, el erudito escocés cuyo trabajo moldeó el nuevo campo del urbanismo regional.

Musselburgo era un burgo
 Cuando no había Edimburgo
 Y Musselburgo será un burgo
 Cuando ya no haya Edimburgo

Mumford, *La ciudad en la historia*.

Compartiendo parte del anarquismo y del desdén de Mumford por la expansión descontrolada de la megalópolis, pero poco de su regionalismo y ambientalismo utópico, Jacobs volvió a participar del debate sobre el origen de las ciudades y su complemento, retomando la investigación de las cualidades esenciales de la urbanidad desde un punto de vista muy diferente al de Mumford. Inspirada en el trabajo de Mellaart acerca de Çatal Hüyük, que apareció después de que *La ciudad en la historia* fuese publicado, y adoptando un enfoque más pragmático centrado en el desarrollo económico, Jacobs antepuso las ciudades de un modo muy riguroso, vinculando la formación de las aldeas agrarias y ganaderas a las primeras ciudades con el propósito de reorganizar su propia versión de la ciudad en la historia.

Jacobs comienza su nueva interpretación de la prehistoria imaginando Nueva Obsidiana, aparentemente la primera ciudad del mundo, a la cual ella denomina de dicho modo y sitúa en o cerca del emplazamiento de Çatal Hüyük, hacia la cual, según las proyecciones de Jacobs, ésta evolucionaría. Describía Nueva Obsidiana como una «ciudad preagrícola de cazadores», fundada hace más de 11.000 años y organizada en torno al crucial comercio de obsidiana, así como también a su creciente destreza en la cría de animales y el intercambio de alimentos recolectados, incluyendo las duras semillas de las variedades silvestres del trigo y la cebada. Nueva Obsidiana no era simplemente un lugar de residencia para la caza y la recolección, sino también en términos performativos una aglomeración urbana, capaz de generar crecimiento económico a partir de sus propios recursos, de llevar a cabo la construcción de un espacio urbano que estimulaba y reflejaba la innovación económica, nuevas formas de trabajo productivo y una división del trabajo en proceso de expansión, es decir, las características distintivas del proceso de urbanización según la definición de Jacobs; muy emparentadas también con mi definición del sinecismo.

En Nueva Obsidiana, esa ciudad real e imaginaria, existía un grupo fundamental conformado por los comerciantes y los artesanos, que formaban parte de una red de trueque que se extendía de Este a Oeste a lo largo de 3.000 Km., y que puede haber abarcado hacia el Sur, hasta el delta del Nilo, y hacia el Norte, al menos hasta las costas del Mar Negro.²⁰ Los comerciantes obtenían la obsidiana (a cambio de objetos artesanales producidos en la ciudad, tales como carteras de cuero, cuchillos, puntas de lanza, espejos, talismanes religiosos, ornamentos, así como también provisiones extra de granos y semillas) de cazadores paleolíticos no urbanos que controlaban determinados territorios alrededor de las montañas volcánicas, como Hasan

²⁰ Se trata tan sólo de una pequeña ampliación de lo que hoy se conoce como aquello que constituyó la red de comercio de la cultura de Natufian hace más de 11.000 años.

Dag en el Norte, que podían ser divisadas por los habitantes de la ciudad los días de sol. Los cazadores también eran empleados como intermediarios en el comercio de materias primas, tales como cobre, conchas y pigmentos, y también provisiones de hierba y semillas de cereal silvestre, guisantes, lentejas y nueces cuya recolección estaba en aumento en los asentamientos secundarios a lo largo de la región. Jacobs sugiere que los puntos de intercambio y los campamentos de los comerciantes no locales se encontraban ubicados en la periferia de la ciudad, las rutas de comercio convergían en el asentamiento, tal y como está insinuado en la figura 1.6 por el espacio entre el asentamiento y el fértil y eruptivo Hasan Dag, fuente de las provisiones aparentemente interminables de este valioso vidrio volcánico. Dicha «plaza de intercambio», una «ciudad independiente» en ciernes o, más precisamente, un «suburbio», fue probablemente el único lugar público a la intemperie en Nueva Obsidiana, un bullicioso centro comercial donde se encontraban el mundo de los habitantes locales y el mundo de los «de afuera».

Si bien una parte de la provisión de alimentos para los habitantes locales provenía de los antiguos territorios dedicados a la caza y a la recolección que se encontraban ubicados en los alrededores de Nueva Obsidiana, una gran proporción de alimentos era importada, al principio en la forma de animales vivos y semillas duras. Jacobs comienza a desenmarañar el funcionamiento interior que impulsó la primera economía urbana autogenerada, apelando a un proceso que hoy podríamos denominar como una estrategia de sustitución de importaciones. Aquellos que Jacobs denomina «administradores», vendedores al por mayor en ciernes y comerciantes minoristas apartados de la población local, controlaban el flujo de comida hacia los hogares de la ciudad, donde con el paso del tiempo algunas semillas comenzaron a ser cultivadas en parcelas de tierra familiares o simplemente eran esparcidas y brotaban en parcelas compartidas que estimulaban los cruces, híbridos y mutaciones. El comercio de semillas, que probablemente estuviera organizado por las mujeres, también desarrolló el mejoramiento selectivo de la calidad de la semilla, al tiempo que tenían lugar procesos similares con la carne y el cuero de ovejas, cabras, ganado vacuno y cerdos (domesticados por primera vez en el norte de Anatolia). Finalmente, una pequeña pero creciente proporción de alimentos era producida localmente en lo que puede denominarse la *domesticación* (hacer doméstico, parte del *domus* o casa) de plantas comestibles, en un sentido que excede lo biológico. El producto de este proceso social y espacial sinécico constituye, según Jacobs, el origen *urbano* de la Revolución Agrícola.

El cultivo de granos, en especial, se intensificó en y alrededor de la Nueva Obsidiana de Jacobs y la proveyó de una fuente de alimento altamente fiable y, durante aquellos años especialmente buenos, de un pequeño

excedente que podía ser intercambiado por otros bienes y servicios. En dicho momento y hasta bien entrado el periodo de máximo crecimiento de Çatal Hüyük, no había cosas tales como la agricultura rural ni tampoco aldeas agrícolas especializadas. Ciertamente, al principio la agricultura en la ciudad abarcaba sólo una pequeña porción de la economía local, que ya se había especializado en el comercio y en la industria basada en la artesanía, además de en la caza y la recolección. El mundo rural todavía giraba en torno a asentamientos simples y pequeños que se dedicaban a la caza y la recolección, pero incluso aquí la población se apegaba cada vez más al espacio urbano en expansión y a su comunidad imaginaria. Más que el cultivo de granos, fue probablemente la cría de animales, trasplantada de la ciudad, la primera actividad que comenzó a transformar la economía rural de la caza y la recolección. El pastoreo de grandes cantidades de ovejas, cabras y ganado vacuno domesticado requería de demasiado espacio como para poder ser llevado a cabo con eficacia en la región cercana a la ciudad. Los rebaños y su cuidado fueron, como señala Jacobs, derivados a áreas de pastoreo a más de un día de viaje animal de la ciudad, generando de ese modo pequeñas aldeas que consistían en hogares que poseían el conocimiento acerca de cómo llevar a cabo el cultivo de granos y que poseían una forma de vida urbana, pero especializada en la producción de carne, cuero y lana para la población de la ciudad. Jacobs compara estas nuevas aldeas con los *company towns* y sugiere que, en parte, crecieron gradualmente mediante la asimilación a los pequeños asentamientos, no siempre pacífica, de segmentos crecientes de la población de cazadores y recolectores rurales. Sólo más tarde, los agricultores urbanos, o lo que hoy es denominado el campesinado rural, se descentralizó en un número significativo.

La teoría de Jacobs depende de dicho proceso de innovación específicamente urbano, crecimiento endógeno, y desarrollo y difusión regional, tanto centrífugo como centrípeto. La teoría contiene en sí misma las semillas de ideas contemporáneas acerca de la expansión económica como las estrategias de sustitución de importaciones y modelos basados en la exportación. Sin embargo, al anteponer las ciudades también se ha construido una teoría comprensiva, poderosa y fundamentalmente espacial de las economías de aglomeración, que influiría en una generación más contemporánea de economistas geopolíticos como Allen Scott y Michael Storper, quienes tendrán un importante papel en la Segunda Parte de *Postmetrópolis*. Al desarrollar dichas ideas, Jacobs invierte el modelo secuencial convencional acerca del desarrollo social prehistórico. En el primer capítulo de *La economía de las ciudades*, titulado de modo revelador «Cities First – Rural Development Later» [«Primero, las ciudades – luego, el desarrollo rural»], Jacobs formula creativamente su «teoría de los orígenes urbanos de la primera agricultura». He aquí algunas de sus conclusiones:

Si mi razonamiento es correcto, entonces no fue la agricultura, por su importancia, el invento o acontecimiento, si usted lo desea, sobresaliente de la Era Neolítica. Fue más bien el hecho de que constituyeran economías urbanas continuas, interdependientes y creativas el que hizo posible una variedad de nuevas formas de trabajo, entre ellas, la agricultura. (Jacobs, 1969: 34)

Entonces, tanto en el pasado como en la actualidad la separación que se hace habitualmente diferenciando el comercio y la industria de la ciudad de la agricultura rural, es artificial e imaginaria. Ambas provienen de la misma línea de descendencia. El trabajo rural, ya sea confeccionando ropa o cultivando alimentos, es trabajo urbano trasplantado. (Jacobs, 1969: 16, observen la crítica implícita a Mumford)

Les he preguntado a los antropólogos cómo saben que la agricultura apareció antes que las ciudades. Después de recuperarse de la sorpresa del hecho de que dicha verdad sea cuestionada, me dijeron que los economistas lo habían establecido de dicho modo. Les he preguntado lo mismo a los economistas. Ellos dicen que los arqueólogos y antropólogos lo han establecido así. Parece ser que todos se han basado en la palabra de otro. En realidad, yo pienso que todos ellos se basan en una fuente pre Darwiniana, es decir, en Adam Smith. (Jacobs, 1969: 42)

Hagamos lo que hagamos con dicha controversia acerca de los «orígenes», podemos concluir que Jericó y Çatal Hüyük representan un salto revolucionario en la escala social y espacial de las sociedades y de la cultura humana, en una escala medida no sólo en cantidad de personas sino también en la intensidad y la extensión geográfica de la interacción humana. Las estimulantes interdependencias y las convenciones culturales creadas por la aglomeración socio-espacial, en un movimiento conjunto, fueron los rasgos organizativos clave o las fuerzas motrices que impulsaron virtualmente todo lo que sucedió a continuación. Dicha proximidad y dicha copresencia interdependiente hicieron que la cooperación social se tornara más eficiente y efectiva, no sólo para la defensa y la producción (y consumo) colectivo de alimentos y servicios «sociales», sino también para la producción de orden social y espacial, para el comercio a larga distancia, para una división del trabajo crecientemente especializada y para la continuidad urbana, todo ello parte y producto de la «chispa» intrínsecamente espacial que jugaría un papel importante en cada momento de transformación de la geohistoria del desarrollo humano hasta el presente.²¹ La interacción humana y la sociabilidad

²¹ Se trata de un cuestión central que atraviesa cada capítulo de este libro, desde la Segunda Revolución Urbana, que viene a continuación, hasta la Tercera Revolución Urbana que surge del desarrollo de lo que es también un capitalismo industrial esencialmente *urbano*, y que da lugar a través de una serie de reestructuraciones importantes del capitalismo industrial urbano que hoy en día se encuentra en su cuarta fase, a un periodo definido por la emergencia de otra variación del urbanismo como modo de vida y que denomino postmetrópolis.

fueron intensificadas de forma creativa al reducir la fricción de la distancia en la vida cotidiana, al mismo tiempo que la densidad de la población se incrementaba. Surgieron más oportunidades y más tiempo para el ocio, las actividades creativas, las ceremonias religiosas y para expandir el intercambio de bienes y servicios más allá del núcleo familiar, clan o banda, para agregar nuevas formas de trabajo productivo y para los nuevos desafíos del urbanismo y la aplicación de aquello que los griegos posteriormente denominarían *phrónesis*, la razón práctica y política involucrada en la creación, administración y sustentación de una comunidad territorialmente definida, una metrópolis sinéca.

Aprender más de Çatal Hüyük

Çatal Hüyük y yo, hacemos nuestra existencia mutuamente posible.

(Ian Hodder, 1990: 20)

Esta síntesis relativamente acertada de los controvertidos debates contemporáneos acerca del poder relativo de la agencia humana frente a la fuerza modeladora de la estructura social, fue escrita por el arqueólogo de habla inglesa más importante en términos teóricos y críticos. Ian Hodder fue estudiante universitario con James Mellaart en el Instituto de Arqueología de Londres y se familiarizó pronto con las excavaciones de Çatal Hüyük y con el estilo de arqueología «interpretativa» evocadora y entusiasta, aunque a veces exagerada, de Mellaart. Sin perder de vista la creativa interpretación de dicho enfoque, Hodder ha dedicado los últimos 30 años a la construcción de una «nueva arqueología» más rigurosa en términos analíticos y más sofisticada teóricamente.

Durante la década de los setenta, Hodder se encontraba entre los primeros en incorporar nuevas metodologías de las ciencias sociales a la arqueología y, en particular, los métodos y modelos surgidos de la denominada «revolución cuantitativa» en el campo de la geografía.²² Haciendo uso de modelos de análisis de sistemas y de la ciencia espacial (por ejemplo, la «teoría del lugar central» de los asentamientos humanos), dichos enfoques positivistas pusieron la atención en la evidencia material de la cultura y de la organización espacial, o lo que denomino geografías del primer espacio.

²² Véase Ian Hodder y Clive Orton, *Spatial Analysis in Archeology*, Cambridge y Nueva Cork, Cambridge University Press, 1976 [ed. cast.: *Análisis espacial en arqueología*, trad. por M^a. José Aubet y Montserrat Tenas, Madrid, Crítica, 1990]; Ian Hodder, *The Spatial Organisation of Culture*, Londres, Duckworth, 1978; y *Stimulation Studies in Archeology*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1978.

Sin embargo, Hodder también se encontraba profundamente interesado en el «significado de las cosas», en la interpretación de la «evidencia simbólica» que no se manifestaba de modo tan obvio en términos materiales y empíricos, y en las relaciones entre cultura material y expresión simbólica, es decir, lo real y lo imaginario. En una serie de libros y colecciones de artículos, Hodder abrió aquello que se denominó arqueología «procesual» (una mezcla de ciencia positivista y antropología naturalista) a nuevas perspectivas teóricas derivadas de la teoría crítica, el estructuralismo, el neomarxismo, la hermenéutica, las filosofías constructivistas de la ciencia y, más recientemente, el postestructuralismo, la nueva etnografía, el feminismo, las críticas postcoloniales y el postmodernismo crítico.²³ Hodder describe dicho enfoque interpretativo ecléctico simplemente como una «arqueología postprocesual» que funda en lo que él denominaba una *lectura contextual*, primero, como una interpretación del contexto ambiental, tecnológico y conductual de la acción, pero también como un discurso o narración, vinculando los significados contextuales de rasgos culturales materiales con el significado de las palabras en un texto o en el lenguaje escrito. A través de dichas lecturas contextuales, los objetos estudiados por los arqueólogos son considerados como contruidos tanto material como conceptualmente y, haciendo referencia a la frase que he utilizado para describir el estudio crítico de los espacios habitados, podemos señalar que son considerados simultáneamente como reales e imaginarios.

Siendo reconocido como uno de los teóricos y filósofos más importantes de la arqueología y un especialista en el simbolismo cultural del Neolítico y en la expansión de la agricultura en Europa, hasta hace poco tiempo Hodder no había dirigido nunca una excavación arqueológica importante; lo que dicha distinción simbólica supone para la identidad de un célebre arqueólogo, es comparable a la que supone la construcción del proyecto de un edificio

²³ Ian Hodder, *Symbolic and Structural Archeology* (1982), *Symbols in Action: Ethnoarcheological Studies of Material Culture* (1982), *The Archeology of Contextual Meanings* (1987), y *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archeology* (1991) [ed. cast.: *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, trad. por M^a. José Aubet, Madrid, Crítica, 1994], todos publicados por Cambridge University Press; Hodder, *The Meaning of Things: Material Culture and Symbolic Expression*, Londres y Boston, Unwin Hyman, 1989; Hodder, *Theory and Practice in Archeology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992; Hodder, *The Domestication of Europe: Structure and Contingency in Neolithic Societies*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, (Man), Basil Blackwell, 1990; Hodder, *Interpreting Archeology: Finding Meaning in the Past*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995; y Robert Preucel y Ian Hodder (eds.), *Contemporary Archeology in Theory*, Oxford, Reino Unido y Cambridge (Ma.), Basil Blackwell, 1996. En su desempeño como profesor de arqueología en la Universidad de Cambridge, Hodder estuvo claramente en contacto con Anthony Giddens, quien fuera hasta hace poco tiempo profesor de sociología en dicha universidad y ahora director de la London School of Economics. Esto se deduce del hecho de que el trabajo de Giddens aparece claramente en las re teorizaciones de la arqueología llevadas a cabo por Hodder.

de gran importancia para un arquitecto. Por más que haya sometido sus reflexiones teóricas sobre la arqueología postprocesual a la prueba del filo de la cucharilla [*trowel's edge*], Hodder se ha convertido en el principal arqueólogo de una nueva excavación de gran importancia, nada menos que en Çatal Hüyük.²⁴ El Çatalhöyük Research Project fue concebido y ha sido dirigido por Hodder, basándose en parte en un subsidio otorgado al Çatal Hüyük Research Trust en 1993, para un programa de 25 años con el objetivo de conservar, exhibir y aprender más acerca de esta ciudad de 9.000 años de antigüedad. Hodder coordina un equipo de más de 100 especialistas provenientes de Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, España, Grecia, Alemania y Pakistán, además de docenas de becarios y estudiantes turcos. El equipo está trabajando no sólo en el emplazamiento principal sino también en otros lugares tales como Pinarbisi, unos 25 Km. al Este, donde hay evidencias de campamentos estables junto a un lago permanente que puede haber sido anterior en varios miles de años a la ocupación de Çatalhöyük. El proyecto en su totalidad aprovecha la tecnología multimedia para mantener su trabajo accesible a todo el mundo y para multiplicar las formas de interpretación, reflejando uno de los principios de la arqueología postprocesual.

El trabajo de Hodder comenzó en 1995 con excavaciones en tres de las doce capas del asentamiento encontrado en el ala este del antiguo yacimiento. Cada una de dichas capas contiene más de 3.000 casas, lo cual sugiere que durante la mayor parte de la existencia de la ciudad, la población podría haber contado con un mínimo de 10.000 residentes permanentes, acercándose en tamaño a las primeras ciudades-estado sumerias. Los primeros descubrimientos confirman la mayor parte de las interpretaciones de Mellaart acerca de la vida urbana, con unas pocas excepciones clave. Mellaart dio por sentada la existencia de un grupo sacerdotal concentrado en un área especial que organizaba las funciones religiosas de la ciudad, mientras que las nuevas excavaciones no muestran ninguna evidencia de la existencia de dicho grupo de élite. Cada casa tiene espacios organizados dedicados tanto a fines rituales como domésticos, sugiriendo un tipo de práctica religiosa más simple igualitaria y muy descentralizada. En una ruptura aún más polémica con Mellaart, Hodder y su equipo subestiman la importancia del culto a la Diosa Madre, alegando que las estatuillas icónicas de la diosa que Mellaart analiza no eran veneradas, dado que todavía no ha sido encontrada

²⁴ Descubrí esto por primera vez al leer a Edward Demarco, «New Dig at a 9,000-Year-Old City is Changing Our Views of Ancient Life», *New York Times* (Science), 11 de noviembre, 1997. Mi conocimiento posterior provino, fundamentalmente, de las importantes páginas de internet, disponibles en <http://catal.arch.cam.ac.uk/catal>.

ninguna de ellas en entierros o en otros contextos religiosos de importancia. En ambas cuestiones, Mellaart, que está vivo y coleando, ha defendido enérgicamente sus puntos de vista contra lo postulado por su antiguo alumno y otros miembros del equipo.

El proyecto ha atraído la atención generalizada de las teóricas feministas, así como también de la «comunidad de la diosa», que llegan al lugar en visitas organizadas para celebrar sus propias interpretaciones del emplazamiento.²⁵ Hodder ha estado especialmente abierto tanto a las feministas más rigurosas como al interés menos riguroso en el culto de Çatalhöyük, promoviendo aquello que ha denominado «arqueologías feministas». En el libro *Reading in the Past* (1991) [*Leyendo en el pasado*], Hodder ha reconocido no sólo la necesidad de consignar la desproporción de la representación de las mujeres en la profesión arqueológica y el uso de un lenguaje sexista en las publicaciones arqueológicas, sino también las «corrientes machistas» más sutiles que son reconocidas por las feministas dentro del campo arqueológico.

[...] los arqueólogos han tendido a considerar la antigua división sexual del trabajo en términos similares a la actual. La caza y el comercio, por ejemplo, suelen ser vistos como actividades masculinas, mientras que la recolección y el tejido son consideradas actividades femeninas. Las puntas de proyectiles y las armas bien hechas son asociadas a los hombres, mientras que las vasijas no confeccionadas con el torno son adjudicadas a las mujeres. Dicha vinculación sexual de las actividades pasadas hace que las relaciones sexuales actuales parezcan inevitables y legítimas [...] En segundo lugar, se manifiesta mayor interés en las actividades masculinas «dominantes». Por lo general, los hombres son retratados como más fuertes, más agresivos, más dominantes, más activos y más importantes que las mujeres, quienes suelen aparecer como débiles, pasivas y dependientes. El pasado está escrito en términos de liderazgo, poder, lucha, intercambio de mujeres, el hombre cazador, los derechos de herencia, el control sobre los recursos, y así sucesivamente [...] Si queremos mostrar el modo en que las relaciones de género son experimentadas y adquieren sentido, la forma en que son utilizadas para definir el hecho de ser persona y el modo en que se encuentran sutilmente involucradas en relaciones de poder multidimensionales, puede resultar necesario una hermenéutica crítica o un enfoque contextual. (Hodder, 1991: 169-171)

²⁵ Véase, por ejemplo, «Discussions with the Goddess Community», un intercambio de correo electrónico entre Hodder y Anita Louise, al que se puede acceder a través de la página de internet de Catalhöyük.

A estas alturas han sido halladas relativamente pocas cosas novedosas y sorprendentes en Çatal Hüyük y específicamente no se ha agregado nada de importancia al debate sobre el hecho de poner a las ciudades primero.²⁶ Sin embargo, lo que resulta más significativo, no son los descubrimientos preliminares sino el hecho de que dicho emplazamiento esté siendo excavado e interpretado por arqueólogos y otros estudiosos que se encuentran excepcionalmente bien informados acerca de la teoría crítica; que son plenamente conscientes de la importancia del pasado en lo que se refiere a las cuestiones contemporáneas de la democracia, la ciudadanía, el género, la raza y la clase; rigurosamente espaciales en su punto de vista y en sus métodos; y provistos de una «actitud postmoderna», que Hodder ha descrito como una apertura hacia la diferencia, la alteridad, la pluralidad de voces y la experimentación dirigida «al empoderamiento de los elementos políticos y culturales marginales».²⁷ Ésta puede ser otra entrada en la lista cada vez más larga de prioridades para Çatal Hüyük/Catalhöyük.

²⁶ La primera publicación de importancia acerca de los primeros descubrimientos del proyecto es la obra de Ian Hodder, *On the Surface: Catalhöyük, 1993-1995*, Cambridge, McDonald Institute for Archeological Research y British Institute of Archeology at Ankara, 1996. También se recomienda consultar los trabajos presentados en «Postprocessual Methodology at Çatal» en una conferencia que tuvo lugar en Liverpool en 1996, y que se encuentra disponible a través del boletín informativo de la página de internet. La charla introductoria de Hodder, presentada en forma de notas, es particularmente interesante respecto de su compromiso con las nuevas ideas acerca de la globalización y los procesos contemporáneos de dicho fenómeno, así como también con los enfoques postmodernos relativos a la interpretación postprocesual. Su título es «Glocalising Çatal», haciendo uso de un término que voy a retomar en el capítulo 7.

²⁷ Véase las entradas de los términos *postmodernidad* y *postmodernismo* en el glosario de Hodder, *Interpreting Archeology*, 1995, pp. 241-242.

2. La Segunda Revolución Urbana

Las primeras ciudades [como ciudades-estado] aparecieron a la vez que la simultánea concentración de las formas simbólicas de autoridad, los *centros cívicos* concebidos para anunciar, ceremonializar, administrar, aculturar, disciplinar y controlar. Dentro y alrededor del escenario institucionalizado de la *ciudadela* (literalmente, una «pequeña ciudad»), la gente adherida a dicha autoridad y a sus relaciones sociales espacialmente concentradas crearon en concordancia, una *sociedad civil* y un entorno construido [...] La ciudad continúa siendo organizada a través de dos procesos interactivos, la vigilancia y la adhesión, la mirada desde y hacia dentro de la ciudad y el ojo panóptico del poder. Ser urbanizado significa adherirse, ser convertido en un adherente, en un creyente en una ideología y en una cultura colectiva fundada en todas las dimensiones de la *polis* (política, administración, sistema de gobierno, policía) y de la *civitas* (civil, cívico, población civil, ciudadano, civilización) [...] Es en el *espacio* donde, según Foucault, los discursos sobre el *poder* y el *conocimiento* son transformados en verdaderas relaciones de poder. Aquí, el conocimiento de la vanguardia es el de la estética, el de una profesión arquitectónica, el de una ciencia de la planificación urbana. Pero dichas «disciplinas» nunca constituyen un campo aislado. Son sólo de interés cuando se intenta observar cómo se vinculan con la economía, la política o las instituciones. Así, tanto la arquitectura como la planificación urbana ofrecen instancias privilegiadas para comprender los modos de funcionamiento del poder.

Extractos de *Thirdspace*, 1996, pp. 205 y 234.

El origen del surgimiento de una cosa y su utilidad fundamental, su aplicación práctica e incorporación a un sistema de fines, son mundos aparte [...] Todo lo existente, sin importar cómo ha surgido es constantemente reinterpretado, transformado y redireccionado a un propósito diferente por un poder superior, a través de un proceso por el cual el primer «significado» y «propósito» deben ser, necesariamente, ocultados o completamente suprimidos.

Nietzsche, *On the Genealogy of Morality* (1994, orig. 1887), p. 55
[ed. cast.: *La genealogía de la moral*, trad. José Mardomingo Sierra,
Edaf, Madrid, 2006].

La ciudad nació para preservar la vida, existe para la buena vida.

Inscripción en la fachada del Ayuntamiento de Los Angeles¹

Entre el 5000 y el 2000 a.C., las tecnologías asociadas a la irrigación agrícola se extendieron profusamente, se inventó la rueda, adquirieron forma las religiones, los mercados y los Estados más formalmente institucionalizados, y con la invención, decididamente urbana, de la escritura cuneiforme en las «nuevas ciudades» de Sumeria; cerca de la confluencia del Tigris y el Éufrates, nació lo que los estudiosos consagrarían posteriormente como la «historia escrita». Profundamente comprometida con dichos desarrollos, condensados en contextos socio-espaciales específicos, tuvo lugar una transformación de gran alcance en la organización del espacio urbano y en el urbanismo como modo de vida. Los textos convencionales suelen referirse normalmente a dicha transformación como la única Revolución Urbana, la singular cristalización de «la ciudad» en tanto forma particular de hábitat humano. A pesar de que dicha transformación puede haber producido las primeras ciudades registradas en la historia escrita, un énfasis tan importante en la invención de la escritura, como criterio clave en la conformación de las ciudades, ha oscurecido los desarrollos igualmente revolucionarios que tuvieron lugar varios milenios antes en el círculo de las tierras altas que rodean el Creciente Fértil. De este modo, resulta más apropiado y revelador presentar lo que estaba sucediendo en Sumeria hace 7000 años como el inicio de una Segunda Revolución Urbana.

La nueva urbanización

Cuando se considera la Segunda Revolución Urbana como un acontecimiento singular, se explica tradicionalmente como la causa y el efecto del desplazamiento de la producción agrícola y de los asentamientos humanos de alta densidad hacia los valles fértiles de los ríos, primero en Mesopotamia, lo que comenzó en el sexto milenio a.C. y luego en Egipto, Persia, el subcontinente

¹ Esta particular inscripción, al igual que el primer uso de la palabra *sinecismo*, es atribuible a las observaciones de Aristóteles sobre el espacio urbano en sus escritos sobre política. El Ayuntamiento de Los Angeles fue construido entre 1926 y 1928 y hasta la década de los cincuenta fue la única estructura a la que se le permitió exceder los 30 metros de altura, límite establecido como protección ante los terremotos. Sus 28 pisos, coronados por una réplica del Mausoleo de Halicarnaso, tienen la misma altura que el Zigurat babilónico, la mítica Torre de Babel, construida alrededor del año 2000 a.C.

Indio, China y otras partes de Eurasia y África, y más tarde en el Nuevo Mundo. El surgimiento de lo que algunos han descrito como «civilizaciones hidráulicas» estaba íntimamente vinculado al desarrollo de las *ciudades-estado* independientes y a la creación concomitante de una red de asentamientos urbanos interconectados, que funcionaban como puntos nodales metropolitanos para la difusión de gran alcance del comercio, la tecnología, la cultura, el conocimiento y el poder militar-gubernamental. El surgimiento de la ciudad-estado *per se* no representó una ruptura total con lo que estaba sucediendo en las tierras altas del suroeste de Asia, y que había comenzado hacía 11.000 años. El surgimiento de pequeños Estados, aunque activamente metropolitanos, basados en ciudades, y de amplios sistemas de intercambio urbano en toda la región de las tierras altas en forma de T, poco después de la temprana expansión de la agricultura, así como su continuo sinecismo ayudaron probablemente, de modo significativo, a producir cambios innovadores en todas las esferas de la vida, incluida la invención de la escritura y su uso efectivo en la construcción y administración de la economía geopolítica urbana.

¿Qué aspectos distinguen así a la Segunda Revolución Urbana de la Primera? Y ¿por qué su origen está tan claramente asociado a la región de Sumer, en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates, en lugar de, por ejemplo, al Delta del Nilo u otro lugar como las tierras bajas del Creciente Fértil? La respuesta a la primera pregunta se clarificará cuando analicemos los espacios urbanos más representativos de Sumeria con mayor detalle. Con respecto a la segunda, la explicación sobre los orígenes de Sumeria que cuenta con mayor aceptación, vincula el desarrollo de la ciudad-estado a las necesidades especiales para trabajos de irrigación a gran escala con el fin de cultivar el fértil aluvión en las áridas tierras bajas. En dichas zonas existen muy pocas evidencias de la formación de ciudades o de asentamientos permanentes de importancia hasta después del 6000 a.C. Sin la tecnología y la organización social necesarias para un uso sostenible de la misma, la urbanización en las áridas tierras bajas no era fácil de lograr. De modo similar, las demandas de una agricultura irrigada a gran escala fueron tales que las ciudades con menos de 10.000 habitantes, probablemente la población máxima de la primera etapa del desarrollo de las ciudades, resultaron inadecuadas, al igual que sus políticas simples y relativamente igualitarias basadas en el linaje. Era necesario un salto en escala, alcance y poder autoritario, tanto de la ciudad como del Estado, para que la Segunda Revolución Urbana «cristalizara» — término frecuentemente utilizado para describir lo ocurrido en Sumeria. Dicho salto en la escala, el alcance y la autoridad política es lo que permite que la invención de la escritura aparezca como un prerrequisito vital, ya que ésta dio lugar a una mayor vigilancia y a un mayor control sobre el poder laboral, a una optimización de la organización de la producción

agrícola, al almacenamiento y distribución del producto social, y a una ampliación de la cultura urbana local, factores que eran necesarios para que todo convergiera en la construcción, no sólo de una ciudad-estado, sino de una ciudad capaz de llevar a cabo una importante expansión política y económica.

No hay motivos para desafiar los rasgos generales de esta explicación. Pero queda pendiente la pregunta acerca de las razones por las cuales dichos acontecimientos tuvieron lugar primero en Sumeria. Aquí podemos continuar aprendiendo de lo ocurrido en Jericó y Çatal Hüyük, y de la particular importancia en ambos casos del intercambio en la formación de las ciudades y en la apreciación del poder innovador de las avanzadas formas de las sociedades dedicadas a la caza, la recolección y la pesca. De este modo, la ubicación de Sumeria en el fondo del Golfo Pérsico se vuelve casi tan importante como su ubicación a lo largo de las cuencas bajas del Tigris y el Éufrates. Para la época en que las primeras auténticas ciudades-estado mesopotámicas se establecieron, los comerciantes de Sumeria ya habían desarrollado una extensa red de intercambio que se extendía a través del Golfo Pérsico hasta el Océano Índico y aún más lejos, habiendo establecido estrechos contactos con las primeras civilizaciones del Valle del Indo. Las primeras grandes ciudades-estado (Ubad, Eridu, Ur y Uruk) se establecieron cerca del Golfo y de los pantanos que, si bien no eran apropiadas para la agricultura de cereal, eran ricas en peces, aves y otros recursos útiles, capaces de proveer sustento suficiente a pequeños asentamientos permanentes. Su ubicación estratégica como puertos marítimos y centros de intercambio puede haber sido clave en el importante papel que desempeñaron en los comienzos de la Segunda Revolución Urbana.

A pesar de no haber leído nada que confirme esto plenamente, es probable que los primeros asentamientos permanentes de Sumeria, al igual que aquellos más antiguos en el Levante Natufian, fueran establecidos por poblaciones que cazaban, pescaban, recolectaban comida silvestre y otros recursos, y que también estaban involucradas en el intercambio regional. A diferencia de los antiguos asentamientos de los natufianos, los sumerios conocían el cultivo y los métodos simples de irrigación de los centros urbanos del Neolítico, ubicados en el arco de las tierras altas. También habían comenzado a cultivar cereales, mientras que las palmeras de dátiles les suministraban importantes recursos alimenticios así como materiales de construcción. Lo que la bibliografía demuestra es que los asentamientos del sur de Sumeria fueron, probablemente, los lugares centrales en la invención de la escritura cuneiforme y que, en mayor medida que para el caso de los jeroglíficos egipcios y de las primeras formas de escritura china, la escritura se desarrolló aquí como un práctico dispositivo contable para el almacenamiento, la propiedad, la distribución y el intercambio de diferentes bienes producidos

o recolectados, no sólo localmente sino también en lugares lejanos.² La escritura cuneiforme, realizada con un estilete sobre unas tablillas de arcilla, se transformó en el sistema de escritura más popular entre los muchos que fueron creados en el suroeste de Asia, dando lugar a un importante conjunto de textos literarios y matemáticos, y siendo utilizada al mismo tiempo como fundamento de otros sistemas de escritura que luego se desarrollarían en la región.³

Con el fin de comprender en mayor profundidad las particulares condiciones geohistóricas que otorgaron al sur de Sumeria ciertas ventajas en la formación de ciudades-estado, debemos señalar algunas de las continuidades entre la Primera y la Segunda Revolución Urbana. Dichas ciudades-estado eran más grandes en tamaño, más eficaces en el control del medioambiente natural, y contaban con mayor capacidad de extender su alcance político y económico que todas las ciudades que las precedieron. Esto cimentó el proceso de urbanización de un modo más permanente en términos locales, dando lugar no sólo a la formación de aglomeraciones de mayor tamaño, sino también a que se sostuviera una mayor continuidad en el lugar y en la reproducción social. Antes de proceder a examinar estas cuestiones, es pertinente contestar una serie de desconcertantes preguntas respecto de Egipto y del Valle del Nilo. A pesar de que existen muchas razones para suponer que en Egipto también existieron ciudades-estado semejantes a las sumerias, hay muy pocas evidencias de la existencia de grandes ciudades mucho antes del 1.500 a.C., 4.000 años después de los primeros desarrollos del Egipto pre-dinástico. A pesar de que hay evidencias de la existencia de algunas pequeñas ciudades amuralladas, emplazadas tempranamente a lo largo del Nilo, el mosaico de las centralizadas y expansivas ciudades-estado de Mesopotamia jamás fue igualado por las ciudades del «reino unificado de Egipto». Este hecho ha conducido a que muchos arqueólogos importantes del pasado señalaran que allí «la ciudad, en realidad, nunca existió».⁴ Aún así, no caben dudas de que Egipto fue, desde sus comienzos, una civilización urbana, organizada en torno a ciudades. ¿Cómo se puede explicar esta aparente anomalía?

² Los sistemas de escritura de origen chino y egipcio fueron creados específicamente con el propósito de mantener un registro de los lazos de parentesco y linaje, y de los acontecimientos históricos más importantes, manteniendo así conexiones simbólicas entre los vivos y los muertos.

³ Este sistema de escritura de carácter «pragmático» también se encontraba íntimamente vinculado al desarrollo de los sistemas numéricos y a las matemáticas. Usualmente se considera que Sumeria es la fuente de conceptos tan familiares como la hora de 60 minutos y el círculo de 360 grados. Los historiadores también atribuyen a Sumeria la invención de la rueda, tanto para el transporte como para la alfarería, el primer uso del verdadero arco, la bóveda por aproximación de hileras, y la cúpula en la edificación pública y en la arquitectura.

⁴ Véase Jaquetta Hawkes y Leonard Woolley, *Prehistory and the Beginnings of Civilisation*, Londres, Allen and Unwin, 1963. [ed. cast.: *Prehistoria y los comienzos de la civilización*, trad. por Miguel de Hernani, Barcelona, Planeta, 1977].

En primer lugar, la ciudad más importante y duradera del antiguo Egipto fue la necrópolis, la ciudad de los muertos, donde las tumbas y los templos, las pirámides y las esfinges monopolizaban la atención y el trabajo de los constructores. Las ciudades de los muertos tendían a ubicarse en la ribera oeste del Nilo, allí donde se pone el sol, mientras que la ciudad de los vivos estaba ubicada en la ribera opuesta, donde sale el sol. Esta última solía tener un carácter temporal y era abandonada frecuentemente después de una o dos generaciones, tan pronto como cada faraón trasladaba su ciudad sagrada a un sitio diferente del de su predecesor. Por dicho motivo, pocos o ninguno de los montículos o tells urbanos, de múltiples capas, que se han encontrado en el suroeste de Asia han brindado evidencias claras de continuidad urbana. En muy pocas ocasiones la ciudad de la vida cotidiana, de la administración institucional, del intercambio, el comercio y la cultura política, se encontraba fortificada ya que el desierto la protegía de cualquier invasión externa, y el conflicto interno no era frecuente debido a la existencia de una unidad cultural dominante. Además, la enorme inversión en tiempo y trabajo que implicaba la construcción y el mantenimiento de los muros de la ciudad se perdería al abandonar la misma. Del mismo modo, la ciudad habitada no tenía grandes monumentos o zigurats porque todos esos edificios de carácter más duradero habían sido trasladados a la necrópolis vecina. Las viviendas eran construidas de modo sencillo y con facilidad se dejaba que se desmoronasen, volviendo a la tierra de la cual habían surgido, por lo cual dejan pocos vestigios, a diferencia de lo que sucede con las sólidas casas de piedra del suroeste de Asia. Lo mismo ocurría con las viviendas de carácter aún más temporal, destinadas a alojar a la considerable población que debía estar cerca de las crecientes necrópolis. No resulta extraño que la ciudad pareciera estar ausente en Egipto, ya que lo único que ha permanecido son los fragmentos monumentales del espacio urbano, al parecer desparramados al azar por el desierto.

La urbanización egipcia parecería, de este modo, excepcional. Pero aún reconociendo sus extraordinarias cualidades, también se puede señalar que representa el caso extremo de un proceso de urbanización más general que puede haber alcanzado mayor difusión de la que los arqueólogos e historiadores hubieran imaginado. Desde el comienzo de la urbanización, hace 10.000 años, la formación del espacio urbano pudo tomar dos caminos distintos, uno de mayor densidad, concebido según las ideas de permanencia y continuidad, e investido de formas monumentales que ayudaban a centralizar el sistema de gobierno, la economía y la cultura urbanas; y otro, más disperso, organizado alrededor de múltiples nodos, y lo suficientemente abierto como para permitir el reestablecimiento de asentamientos residenciales en nuevas áreas, en lugar de persistir en la continua re-dificación en

los mismos lugares.⁵ Lewis Mumford advirtió dicha bifurcación en *The City in History* (1961) e intentó asociarla a las formas totalitarias (la ciudad cerrada o fortificada) en tanto opuestas a aquellas más democráticas (que denominó modelo de «ciudad abierta», más regional y similar a una aldea). No obstante más allá de que estos dos caminos acarreen o no implícitamente connotaciones políticas o ideológicas adicionales, resulta importante reconocer que la Primera y, aún más notoriamente, la Segunda Revolución Urbana supusieron un proceso de urbanización que suponía una amplia mezcla de aglomeración y dispersión. Las civilizaciones del Nuevo Mundo (maya, azteca e inca) y muchas otras fuera de Mesopotamia, pudieron guardar mayor similitud con el modelo egipcio que con el sumerio, al menos en las primeras etapas de su desarrollo. Las excavaciones de sus ruinas podrían indicar que no hubo ciudades o ciudades-estado importantes hasta mucho más tarde, en cualquier caso en la actualidad hay ciertos motivos para creer que estas civilizaciones también pudieron ser desde sus orígenes culturas fundamentalmente urbanas.

Esto provoca nuevas preguntas acerca del sinecismo. Por ejemplo, ¿es el novedoso estímulo de la proximidad densa mayor, inherentemente, en las aglomeraciones más concentradas que en las más dispersas? Nuestros escasos conocimientos acerca de los modos en que actúa el sinecismo, no nos hacen posible contestar a esta pregunta con seguridad. Sin embargo, debemos señalar que incluso el caso extremo del urbanismo disperso de Egipto era, de todos modos, urbano y que los grandes logros de la civilización egipcia surgieron principalmente de poblaciones que vivían en ciudades, del estímulo de la aglomeración urbana y no de las dispersas aldeas rurales. Al mismo tiempo, en Sumeria, el tamaño fue seguramente importante debido a que significaba una inversión culturalmente consciente y un compromiso con un espacio urbano permanente, si no cosmológicamente eterno. Ante la existencia de muchos lugares permanentes de dicho tipo, tanto la cooperación como la competencia pudieron estimular una mayor inventiva, especialmente en lo que respecta a las tecnologías y convenciones relativas al control y la administración territorial. Después de todo, debe recordarse que fue el modelo sumerio, y no el coetáneo modelo egipcio, el que iniciaría una gran revolución urbana que afectaría al desarrollo social en Eurasia y África

⁵ El segundo camino trae a nuestra mente el recuerdo de lo que los estudiosos italianos contemporáneos denominan la *città diffusa*, la ciudad difusa, que consiste en múltiples centros vinculados íntimamente entre sí pero sin la existencia de una gran metrópolis dominante, un aspecto característico de Emilia Romagna y otras partes de lo que hoy se conoce como la Tercera Italia. Se podría preguntar si esta «escisión modal» en el proceso de urbanización también guarda relación con los contrastes entre el policentrismo de Los Ángeles, que crece de modo descontrolado, en oposición a las asombrosas densidades de Nueva York o Hong Kong.

durante, por lo menos, los siguientes 4.000-5.000 años. Lo ocurrido en Sumeria desencadenó una nueva fase en la geohistoria de las ciudades que redefiniría considerablemente, y a *una escala mucho mayor*, los modos de producción y los métodos de control social que habían organizado a las sociedades humanas hasta dicho momento. Al mismo tiempo, estos acontecimientos vincularon, aún más directamente, las nuevas instituciones sociales, la producción económica en expansión y el desarrollo específicamente político a los poderes materiales, simbólicos y gubernamentales de un espacio urbano en expansión y radicalmente reestructurado.

Espacio, conocimiento y poder en Sumeria

Los *procesos de urbanización* más característicos (frase que será utilizada de modo recurrente en el presente libro) vinculados a la Segunda Revolución Urbana giraron principalmente en torno a una reconstitución de gran alcance de las relaciones de poder, dentro y fuera de la ciudad, y por lo tanto de lo que puede ser denominado como *gubernamentalidad social*. Las divisiones de clase más simples y antiguas de las sociedades basadas en el linaje se ampliaron y se profundizaron a medida que las relaciones sociales y espaciales de producción y de gobierno se extendían en escala y alcance, con el fin de producir mayores excedentes y culturas políticas mucho más expansivas de lo que antes era posible. El fundamental desarrollo del complejo de producción agraria y ganadera, respaldado por un importante desarrollo del intercambio, la artesanía, el arte y los servicios relacionados con la recolección y distribución de alimentos y otras necesidades, tuvo lugar en las primeras etapas del desarrollo urbano. Si bien el excedente social de este complejo de producción basado en lo urbano se expandió considerablemente en las nuevas ciudades-estado, las innovaciones más importantes de la Segunda Revolución Urbana giraron no tanto en torno a la producción social como a la *reproducción social*, es decir, en torno a la creación de estructuras institucionales que pudieran mantener la continuidad política, económica y cultural.

Imbricado en estos cambios tuvo lugar el nacimiento aparente de un orden social más estrictamente *patriarcal*, dando nueva forma a la antigua división sexual del trabajo y dando inicio a lo que se convertiría en una subordinación cultural duradera de la mujer, prácticamente en todas las sociedades urbanas subsiguientes. Si bien sabemos muy poco acerca del surgimiento del patriarcado urbano y de las importantes luchas sociales que le

debieron acompañar, éste constituye una de las diferencias más profundas entre la Primera y la Segunda Revolución Urbana. Lo que sí sabemos es que hacia el año 4000 a.C., el poder de controlar y modelar la vida cotidiana en la ciudad y sus alrededores, así como también las prácticas espaciales de la frónesis y la construcción urbana asociadas a dicho poder, se tornaron más fuertemente concentradas, centralizadas y dominadas por los hombres.⁶

A partir de las tendencias que comenzaron a arraigarse firmemente en las ciudades de la Primera Revolución Urbana, las nuevas ciudades de Sumeria consolidaron su poder político en una *clase dirigente* establecida genealógicamente, que combinaba y vinculaba dos importantes esferas de autoridad legítima. Por un lado, se encontraban los patriarcas-ciudadanos, ahora instalados como líderes reconocidos del tradicional sector comunitario de la economía urbana, así como la nueva subclase de dueños de propiedades y tierras privadas. Por otra parte, estaba la nobleza-ciudadana del sector «público» o estatal en rápida expansión. Ambos se unían bajo la máxima autoridad de un palacio real y de un templo comunitario centrado alrededor de una monarquía teocrática, con un rey divino considerado como el creador de la ciudad-estado y su personificación cosmológica. En la figura 2.1 se puede observar un diagrama realizado por Maisels (1990: 272) que describe las relaciones de producción, subordinación y estratificación, es decir, un mapa social (más que geográfico) de las estructuras de poder en la ciudad-estado mesopotámica.

⁶ En *The City in History* (1961), Lewis Mumford reflexiona con frecuencia sobre este viraje patriarcal, vinculándolo al desarrollo del arado y de la energía tirada por bueyes (frente al palo para cavar y la azada), a la mayor dificultad para cultivar las tierras menos fértiles de los valles de los ríos aluviales y, con su persistente preferencia por la primera, a los contrastes entre la vida en la aldea y en la ciudad. Mumford sostiene que el poder de la mujer derivaba de su simbolización de la fertilidad y su especialización en las íntimas «artes de la vida», mientras que el creciente empoderamiento del hombre urbanizado «reside en actos de agresión y de fuerza, en mostrar su habilidad para matar y en el desdén por su propia muerte, en conquistar obstáculos e imponer su voluntad sobre otros hombres, matándolos si se resistían» (1961: 27). Para Mumford, las nuevas ciudades-estado de Mesopotamia eran esencialmente totalitarias y opresivas, especialmente cuando se las compara con Egipto, que estaba menos centrado en las ciudades pero era más pacífico, recordándonos una vez más que uno de los libros más conocidos que alguna vez se hayan publicado acerca de la ciudad fue escrito por un regionalista y ambientalista anti-ciudad.

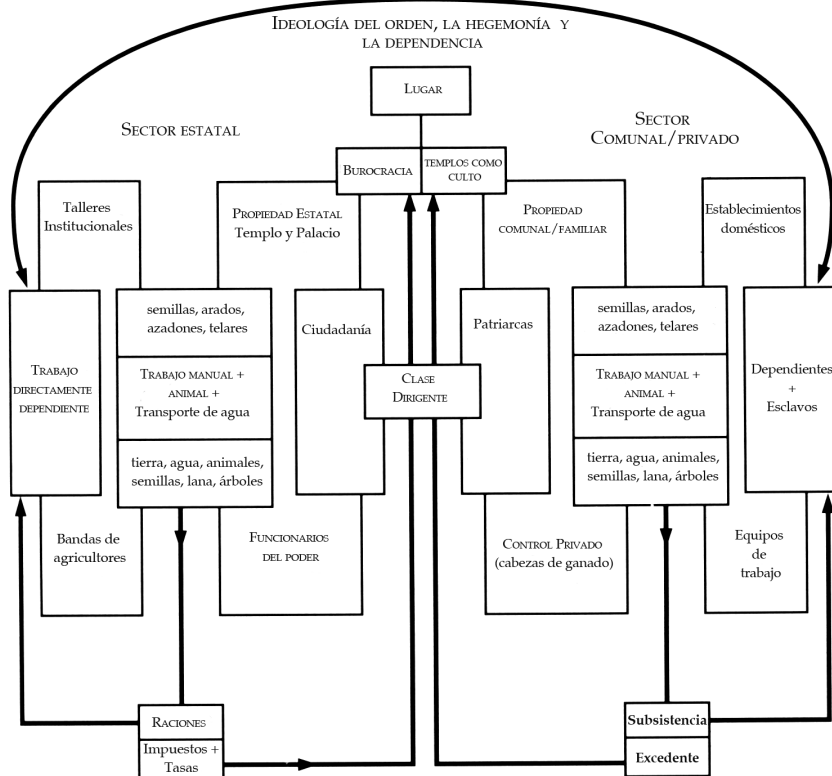


Figura 2.1. Relaciones de producción, subordinación y estratificación en Mesopotamia [fuente: Charles Keith Maisels, *The Emergence of Civilization*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990, p. 272, figura 9.7, mismo título].

La política urbana en la ciudad-estado sumeria se volvió cada vez más competitiva y compleja de lo que había sido hasta ese momento, ejerciendo frecuentemente una presión excesiva sobre las nuevas instituciones de poder y autoridad. A través de los siglos, la autoridad divina fue cada vez más cuestionada, especialmente a medida que los sectores comunitarios/privados y estatales/públicos de la élite ciudadana comenzaron a pelearse por una mayor autonomía y por obtener privilegios estratégicos. Maisels señala que aquello que estaba comenzando a tener lugar en Sumeria era un lento proceso de disolución de la «ideología de la descendencia patrilineal de origen divino», que hasta ese momento había caracterizado a las ciudades y a los modos de producción más avanzados, y que persistiría en Egipto, India,

China y Mesoamérica sin mayores modificaciones. Paralelamente estaba comenzando a surgir una «sociedad civil» distintiva y semi-autónoma, ubicada entre el Estado y los sectores privados, un proceso que probablemente no alcanzó su estadio más avanzado en Mesopotamia, sino más bien, al menos desde la perspectiva de la academia occidental, en la *polis* ateniense del siglo quinto a.C.⁷ Pero no permitamos que esta trayectoria europea acapare nuestra atención, aún queda mucho por aprender de los desarrollos de Sumeria, especialmente en lo que respecta a las conjunciones entre espacio, conocimiento y poder en la ciudad-estado.

Al reforzarse los procesos de formación de la ciudad-estado, el espacio urbano se abrió a cuatro nuevos sectores de población con ocupaciones específicas: (1) los comerciantes-financieros emprendedores, (2) una fuerza amada militar organizada que también actuaba como policía urbana, (3) la primera burocracia municipal institucionalizada y (4) una clase marginal urbana empobrecida. Los comerciantes implicados en el intercambio local, regional y con el «extranjero», así como también los empleados del Estado, los terratenientes y los especuladores inmobiliarios dentro de la economía del espacio urbano, se convirtieron en habitantes de la ciudad en un grado mucho mayor de lo que lo habían sido hasta ese momento. Los comerciantes sumerios no sólo financiaban expediciones comerciales a lugares lejanos, aumentando la riqueza del palacio y del Estado, sino que también ofrecían préstamos a los campesinos y pescadores, ayudaban a las autoridades estatales a recaudar impuestos y tributos, invertían en el parque urbano edificado y organizaban una proto-economía de mercado, basada en gran medida en el valor de cambio de la plata.⁸ Este sector resueltamente «privado» no fue especialmente influyente hasta antes del 3.000 a.C., pero a partir de dicha fecha su poder y su libertad en la economía del espacio urbano creció a la par que su creciente autonomía respecto del control ejercido por el palacio.⁹

⁷ Ciertas evidencias permiten suponer que en muchas ciudades sumerias surgieron «asambleas de ciudadanos» con el poder de ratificar o de rechazar las decisiones del soberano, especialmente, aquellas relacionadas con la guerra y la defensa.

⁸ Curiosamente, en dicha época los yacimientos de plata más importantes del suroeste de Asia se encontraban en Anatolia, donde también estaban las fuentes más importantes de obsidiana y sílex. Para obtener una descripción de la formación de este proto-mercado, y una postura opuesta a la de Polanyi y otros que sostienen que en Oriente Próximo no había nada que se asemejase a verdaderos mercados, consúltese Marc van der Mieroop, *Society and Enterprise in Old Babylonian Ur*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag, 1992.

⁹ Retengan este grupo en la memoria, dado que aparecerá posteriormente en las «ligas» de ciudades ubicadas a lo largo de las costas del Mar del Norte, del Mar Báltico y de las orillas del Mediterráneo en Europa Occidental, como quizás la más importante fuerza impulsora que conduciría a la Tercera Revolución Urbana.

Recurriendo a aquellos que en el pasado habían sido defensores de los territorios dedicados a la caza y a la recolección o, aún más probablemente, a las comunidades de hombres «guerreros» estratificados por edad, surgieron nuevos cuadros militares más especializados, con la capacidad de defender la región de la ciudad en su totalidad contra los invasores externos, extendiendo el control territorial del Estado y formando un imperio con centro en la ciudad y, seguramente al menos de igual importancia, con la capacidad de mantener la paz y el orden internos. En su condición de policía urbana (otra palabra que deriva del término griego *polis*) los militares actuaban, en parte, con el propósito de asegurar y garantizar la adhesión de todos los ciudadanos y del resto de la población al inquietante nuevo orden social y espacial que se derivaba de la expansión regional del espacio urbano. De este modo, los fuertes militares y su servicio de vigilancia sobre las poblaciones se convirtieron en una parte esencial del entorno edificado y de la vida cotidiana de la ciudad. Y, al igual que los comerciantes constructores y patriarcas, la nueva clase militar establecería una base de poder territorial en la ciudad-estado, que después del 3.000 a.C. comenzó a jugar un papel cada vez más importante en la restricción del poder absolutista de la clase real y en dar forma a la verdadera definición de *ciudadanía*.¹⁰

Provista de medios de vigilancia, regulación y control más sutiles, existía una creciente burocracia pública de base urbana, que estaba formada por los oficiales del gobierno y sus asistentes. Esta burocracia estaba encargada de responder a las crecientes demandas de *phrónesis*, de mantenimiento y administración de la comunidad y de identidad cultural territorial de la ciudad-estado. Los primeros «funcionarios públicos» eran, fundamentalmente, miembros de la nobleza terrateniente (con vínculos cercanos con los comerciantes residentes y los guerreros) directamente vinculados al templo y/o al palacio. Con el paso del tiempo, apareció una burocracia gobernante más

¹⁰ La perspectiva weberiana acerca de los orígenes de la ciudadanía [Max Weber, *The City*, Nueva York, Free Press, 1958, orig. 1921 (ed. cast.: *La ciudad*, trad. por Julia Varela y F. Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1987)] ubica su primera aparición en la polis griega. Su argumento es que la ciudadanía presupone el desmoronamiento de los lazos de parentesco hegemónicos así como la dominación de una clase monárquica. Esta visión clásica excluye a los residentes de las ciudades-estado sumerias (al igual que a aquellos de los valles del Indo y del Nilo, de China y Mesoamérica) de ser considerados como «ciudadanos» (en oposición a «súbditos»). Aún sin relacionar estas posturas con el eurocentrismo, creo que puede argumentarse que los orígenes de la ciudadanía pueden ser útilmente rastreados en una fecha anterior y, en particular, en el desarrollo dinámico de las ciudades-estado de Mesopotamia. En Engin F. Isin, «Who is the New Citizen? Towards a Genealogy», *Citizenship Studies*, núm. 1, 1997, pp. 115-132 puede hallarse una interesante perspectiva contemporánea acerca de los debates sobre la «genealogía de la ciudadanía», aunque acepta el argumento weberiano de que Grecia fue el lugar donde «se hizo visible la primera práctica de ciudadanía».

especializada y autónoma, que encontró su función en la especificidad espacial de la ciudad-estado, generando una mayor diferenciación de la geografía residencial e institucional interna de la ciudad, al mismo tiempo que alargaba la eficiencia y el alcance territorial externo del poder de la ciudad-estado y de la gubernamentalidad centrada en la ciudad.

Con el paso del tiempo, también surgiría una nueva clase empobrecida. Ésta estaba compuesta por esclavos domésticos, por trabajadores forzados y por cuadrillas de trabajadores «temporales», que eran utilizados no sólo para ayudar en la producción agrícola y en las tareas domésticas, sino también para satisfacer las crecientes demandas de construcción urbana, que ahora se extendían mucho más allá de lo que probablemente hubiera sido necesario a fin de construir los famosos muros de Jericó. Los esclavos, tanto hombres como mujeres, considerados claramente como propiedad privada, se convirtieron en una parte importante de la economía urbana. Se los compraba y vendía como mercancías en el intercambio comercial, se entregaban como parte de la dote matrimonial, se utilizaban como garantía en préstamos y eran ofrendados en los templos como presentes. Incluso hay evidencias de esclavitud por deudas, que afectaban a los que eran incapaces de pagar los préstamos pendientes. Si bien se sabe muy poco acerca de los procesos de esclavización, el número de esclavos que residían en la ciudad debió ser muy grande, con algunas casas que contaban con más de veinte.

Estos procesos contribuyeron a redefinir las diferencias entre la ciudad y el campo, lo urbano y lo rural, el ciudadano y el campesino, el centro y la periferia. Las nuevas relaciones de poder giraban, fundamentalmente, en torno a las diferencias políticas entre *polites* (el término griego que se refiere a quienes aceptaban la sociedad y la vida urbana colectiva) e *idiotes* (habitantes rurales «independientes», campesinos relativamente aislados e «idiosincráticos» o, peor, bárbaros). Estos nuevos procesos de urbanización cristalizaron de forma conjunta en la formación de la ciudad-estado como una estructura institucional territorial presuntamente urbana. No fue éste el primer Estado territorial en la historia, ni tampoco el primer ejemplo de un sistema de gobierno generado a partir de lo urbano. Lo más novedoso de la ciudad-estado era su nueva composición de clase, sus relaciones de producción reestructuradas tanto social como espacialmente, y la expansión de un sector civil (urbano) o estatal ubicado entre los gobernantes y los gobernados, capaz de desarrollar sus propias bases autónomas de poder por medio de recursos localizados y el control del espacio y el conocimiento (ahora en forma escrita).

Durante la Primera Revolución Urbana, el sinecismo —el estímulo de la aglomeración urbana— funcionó fundamentalmente en la esfera de la producción social, promoviendo su radical transformación a través de la invención de

la agricultura (cultivo y cría de animales), la creación de formas especializadas de trabajo manual y el desarrollo de redes de comercio e intercambio asociadas. En la Segunda Revolución Urbana, el sinecismo continuó empeñado en la innovación tecnológica de la agricultura (por ejemplo, en la creación de sistemas de riego de mayor escala) pero se concentró poderosamente en la esfera de la reproducción social, generando una revolución esencialmente política que giró en torno a extraordinarias innovaciones en la gubernamentalidad geográfica, haciendo posible el mantenimiento y la administración de sociedades y culturas cohesionadas cuyo tamaño demográfico y alcance territorial no tenían precedentes. El momento de cristalización de dicho sinecismo tuvo lugar con la invención urbana del Estado imperial y todos sus aparatos secundarios, incluidos aquellos que permitirían la excepcional expansión en escala y alcance social, vinculada a la formación de imperios con centro en las ciudades. Para analizar dichas observaciones en mayor detalle, veamos sólo una de las primeras ciudades-estado independientes, un lugar real-e-imaginario cuyo nombre se ha vuelto un tropo popular en los discursos sobre los orígenes y las causas: la tentadora y metonímica Ur.

Ur y el nuevo urbanismo

El santuario de Ur, el estrado de la realeza, la immaculada ciudad, puede traerte cebada, aceite de sésamo, lujosas y exquisitas vestimentas en grandes barcos.

De un texto literario de comienzos del segundo milenio a.C.¹¹

La ciudad de Ur, el punto de partida [...] El Estado no se formó en etapas, sino que apareció completamente armado, un golpe maestro ejecutado todo al mismo tiempo; el *Urstaat* primordial, el eterno modelo de todo lo que un Estado quiere ser y desea [...] la formación básica en el horizonte a través de la historia [...] Cada forma más desarrollada, es como un palimpsesto: encubre una información despótica.

Deleuze y Guattari, *Anti-Oedipus* (1983): 217-218

[ed. cast.: *El anti-Edipo*, trad. por Francisco Monge, Paidós, Barcelona, 1985, p. 224].

¹¹ Citado en Marc van de Mieroop, *Society and Enterprise*, 1992, p. 196. En la medida en que constituía el puerto más importante de Mesopotamia, el intercambio de Ur, que ya estaba establecido hacia el año 5.000 a.C., se extendía desde el Golfo Pérsico hasta el subcontinente indio y el noreste de África. Puede considerarse el primer ejemplo registrado de estímulo del comercio urbano.

La ciudad-estado sumeria de Ur constituyó uno de los primeros centros de lo que posteriormente se convertiría en un extenso mosaico de ciudades-estado vinculadas entre sí de un modo flexible, con base en el Creciente Fértil, pero con otros centros más alejados que se extendían desde Egipto hasta India, desde Menfis y Tebas hasta Mohenjo-daro y Harappa, y que posteriormente llegarían a Europa. Dicha proto-trama mundial, la primera gran red «global» de ciudades metropolitanas, amplió la escala y el alcance espacial de la vida urbana local, al articular un vasto sistema de intercambio para el comercio, la difusión cultural y tecnológica, los movimientos poblacionales y la conquista militar interregional. Pero en lugar de extendernos en las relaciones externas, tal y como suelen hacer la mayoría de los historiadores, observemos primero las grandes transformaciones internas de la estructura social y espacial del espacio urbano.

Las evidencias que provienen de Ur sugieren que se trató de uno de los primeros focos en la elaboración de una división del trabajo inconfundiblemente urbana, social y espacial, fundada en el desarrollo de nuevas relaciones de producción basadas en la propiedad privada, la posesión de la tierra, el patriarcado y la formación de clases sociales jerárquicamente organizadas. La formación de las clases y el proceso asociado de desarrollo y transformación de la ciudad-estado se basó inicialmente en una estratificación fundada en el prestigio y en el poder, que surgía principalmente de los lazos de parentesco, reales o putativos, con figuras ancestrales clave. Este orden social basado en el patrilineaje se desarrolló hasta su máxima expansión en las últimas etapas de la Primera Revolución Urbana, centrado en los soberanos de ascendencia divina con prerrogativas patrimoniales absolutas. A través del tiempo y el espacio, dichos lazos de parentesco diferenciados adquirieron un significado y un simbolismo religioso y cosmológico más formal que integraba firmemente el sistema de gobierno, la economía y la cultura material y simbólica.

Como se ha sugerido con anterioridad, una importante diferencia en la gubernamentalidad que surgiría en la ciudad-estado sumeria estaba vinculada al desarrollo de una esfera civil particular y crecientemente autónoma. El gobierno urbano, el desarrollo de la economía urbana y la producción social del espacio urbano, incluso con la persistencia del parentesco de ascendencia divina, se volvieron más seculares y especializados, y cada vez más auto-generados y autónomos. Tal y como Maisels observa, y cuyos orígenes atribuye al sinecismo intenso de ciudades-estado como Ur:

[...] el urbanismo de las ciudades-estado es un sistema de gobierno orgánico, centrado en su hinterland, esencialmente autosuficiente y, por lo tanto, auto-gobernado a través de sus propias instituciones específicamente «cívicas»

[...] Mientras la ciudad-estado puede ser gobernada por un rey, no debe su existencia a la monarquía, ni al gasto de las rentas reales provenientes de las aldeas dispersas del Estado territorial. En cambio, las *urbs* del régimen de la ciudad-estado deben su existencia a sus propias actividades económicas, que son ampliamente autónomas respecto de la política, al menos en tiempos de paz. (1993, p. xvi)

Al principio, los estratos más altos de la nueva jerarquía social urbana de Ur y de otras ciudades mesopotámicas estaban ocupados por un soberano de ascendencia divina, rey y/o reina, y un cuadro asociado de consejeros constituido por sacerdotes y sacerdotisas y escribas que hacían las funciones de élite dominante sobre una población compuesta principalmente por campesinos y por un pequeño, pero creciente, grupo de artesanos, comerciantes, soldados y funcionarios públicos. Sin embargo, hacia el final del periodo comprendido entre el 2.500 y el 1.500 a.C., Ur había desarrollado una burocracia administrativa, religiosa y económica más extensa y especializada, al mismo tiempo que el liderazgo real se volvía más secular y aparentemente más centrado en torno a la figura masculina, en lo que se refiere a su poder simbólico y material, reflejando de este modo la intensificación del patriarcado, que se desarrolló en estrecha relación con la formación de las clases. El mantenimiento de dicha jerarquía social emergente de clases dominantes y subordinadas creó nuevas demandas al gobierno urbano. En esta revolucionaria transformación de las relaciones sociales y espaciales, la ciudad se convirtió en el centro no sólo de la simple reproducción doméstica basada en la agricultura, ahora muy extendida gracias a los métodos de irrigación a gran escala, sino también del más complejo proceso phronético de reproducción y regulación social en un territorio mucho más extenso que en el pasado.

La división del trabajo social profundizada y ampliada —otro indicador de la creciente escala espacial de la sociabilidad humana que claramente distingue a la Primera Revolución Urbana de la Segunda— fue concretamente expresada en, y dialécticamente relacionada con, la geografía material y simbólica de la ciudad-estado mesopotámica. Si bien no conocemos mucho acerca de los detalles de la vida cotidiana en Ur, podemos aprender enormemente de las prácticas socio-espaciales observando su morfología urbana ejemplar, muchas veces repetida.

La ciudad de Ur fue construida sobre un montículo elevado (*tell*) de forma casi adyacente al Éufrates y no lejos de lo que entonces constituía la costa pantanosa del Golfo Pérsico. Ur no fue la primera ciudad de Sumeria. Dicho título suele ser adjudicado a Eridu, ubicada 12 millas al sur de Ur y que data del año 5.500 a.C., al comienzo de lo que se denomina como periodo 'Ubaid. Sin embargo, no es a Ur sino a Uruk, ubicada 35 millas al Norte, a la que los arqueólogos y antiguos historiadores atribuyen el comienzo de

la escritura y de la cerámica realizada con torno. Uruk fue probablemente la primera ciudad-estado verdadera, si bien Babilonia en tiempos de Hammurabi (1792-1750 a.C.) y su vasto imperio han marcado convencionalmente el punto máximo de desarrollo de la ciudad-estado en Mesopotamia. El reconocimiento popular de Ur, así como su uso simbólico para señalar los orígenes de prácticamente todo, se debe principalmente a su inusualmente detallada documentación cuneiforme, a la increíblemente bien preservada calidad de sus estructuras monumentales y a la inmensa popularidad del libro inspirado en la biblia, *Ur of the Chaldees* [Ur de los Caldeos], escrito por Leonard Woolley, el arqueólogo más conocido de dicha ciudad-estado.¹²

La ubicación de Ur fue significativa por su acceso al rico pantano hoy conocido como Shatt al Arab, una de las primeras áreas de la cuenca desértica de Mesopotamia en la que se establecieron cazadores, pescadores y agricultores. Su importancia también se debe a su proximidad a las redes de intercambio que se extendían desde el Golfo hasta el Océano Índico. A través de su historia, desde sus orígenes, alrededor del año 4500 a.C., hasta su abandono cuatro milenios más tarde, Ur constituiría un importante centro de almacenaje y distribución comercial para toda la región, intercambiando el excedente de riqueza de su producción agrícola y sus industrias manuales de base urbana, por cobre, lapislázuli y otras piedras semipreciosas, caparazones, marfil, especias y condimentos. El nombre arábigo del emplazamiento es Tell el-Mukuyyar, el Montículo de Brea, seguramente en alusión a los ricos yacimientos de «oro negro» que subyacen y permean la gruesa manta de aluvión, que caracterizaba la fertilidad de la antigua Mesopotamia. La elevada ubicación del emplazamiento ofrecía tanto la vista de las cercanas ciudades de Eridu y 'Ubaid, como también una protección ante las posibles inundaciones e invasiones externas, pero además llevaba a la población de Ur más cerca del cielo y de la esfera de los dioses. Este tramo vertical del río determinaba y hacía girar sobre sí mismo la organización del espacio urbano de Ur, tanto en términos materiales como simbólicos.

Al igual que la mayoría de las grandes ciudades del mundo antiguo, Ur estaba amurallada y era ligeramente circular, a pesar de que la mayor influencia del eje Norte-Sur, santificado en la cosmología sumeria, la hacía más oval o con forma de huevo. El eje secundario Este-Oeste, perpendicular al eje dominante Norte-Sur (el cual, según algunos expertos, estaba realmente inclinado hacia el Noreste o el Noroeste), estaba señalado de un lado por un fuerte militar y, por el otro, por aquello que Sir Leonard

¹² Véase Sir Leonard Woolley, *Ur «of the Chaldees», The Final Account: Excavations at Ur*, revisado y actualizado por P. R. S. Moorey, London Press, 1982 [ed. cast.: *Ur: la ciudad de los caldeos*, trad. por Mágina Villegas, Fondo de Cultura Económica, México, 1953].

Woolley denominó «Puerto Oeste». A pesar de que esta geometría característica resulta más evidente en otros espacios urbanos de Mesopotamia, en la ciudad de Ur ambos ejes debían haberse cruzado en un lugar central, dividiendo el espacio interno en aproximadamente cuatro cuadrantes, interrumpiendo los muros periféricos de la ciudad con puertas ubicadas, en líneas generales, en los cuatro puntos cardinales. Esta estructura espacial inmanente en forma de un círculo dividido en cuatro partes que pivotan en torno al cruce de al menos, cuatro ejes direccionales se repetiría, con muchas variaciones locales, en casi todas las ciudades-estado del mundo durante los siguientes 4.000 años. En los sistemas de escritura egipcia, el primer signo gráfico para hacer referencia a la «ciudad» era simplemente un círculo con una cruz (el sol se representaba con un círculo con un punto en el medio), mientras que la primera forma china fue un cuadrado con flechas gruesas y puntiagudas que salían de la figura en dirección a los cuatro puntos cardinales.¹³

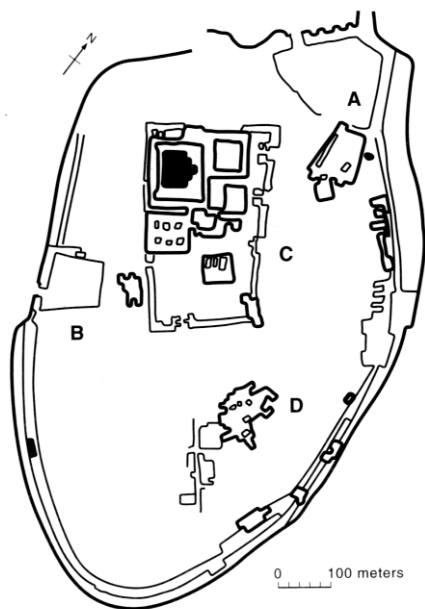


Figura 2.2. Mapa de la ciudad de Ur (A: Puerto Norte; B: Puerto Oeste; C: témenos; D: área de viviendas) [fuente: A. E. J. Morris, *History of Urban Form: Before the Industrial Revolution*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1974; adaptado de Sir Leonard Woolley, *Ur of the Chaldees*, Londres, Herbert Press, 1982].

¹³ Por extraño que parezca, en la escritura cuneiforme sumeria un simple círculo con una cruz representaba a una oveja. La ciudad era simbolizada con una gruesa L, probablemente relacionada con la forma de las casas. Véase Maisels, *op. cit.*, p. 193.

Esta morfología urbana característica estaba en profunda sintonía con el conocimiento astrológico, el simbolismo cosmológico, el poder secular y los aspectos prácticos de la vida cotidiana urbana. Tal vez, por primera vez en la geohistoria, la especificidad espacial del urbanismo giró alrededor de una centralización a la vez sagrada y secular. El espacio urbano profundamente centralizado, tan diferente a todo lo producido durante la Primera Revolución Urbana, creó un nuevo centro para toda la población residente en la ciudad-estado, un centro que modelaría la vida cotidiana y determinaría el acceso a los fundamentos simbólicos del poder de la cultura territorial local.



Figura 2.3. El Zigurat de Ur [Fuente: de la Croix, Tansey y Kirkpatrick, *Art Through the Ages*, 1991, p. 49, figura 2-13, zigurat (fachada noreste con escaleras restauradas), Ur, alrededor de 2100 a.C.]

Tanto en la metrópolis de Ur, como en las cercanas Eridu y Uruk, esta nueva centralidad fue celebrada de modo monumental con la construcción del Zigurat, un templo enorme construido sobre una masa sólida de ladrillos de barro de al menos 15 metros de altura y, elevado aún más cerca de los cielos, con dos plantas adicionales; la planta más alta constituía un santuario al que sólo se podía llegar a través de tres escaleras en forma de rampa. El Zigurat sagrado imponía visiblemente una ruptura en la homogeneidad de la llanura que le rodeaba, y simbolizaba la creación de un eje trascendente de comunicación entre el cielo y la tierra. Se proyectaba a sí mismo como el centro del mundo, el sitio de la creación, el punto fijo del cosmos, el espacio sagrado que repetía «el trabajo paradigmático de los dioses».¹⁴ Es muy probable que también tuviera connotaciones fálicas. Véase figura 2.3.

¹⁴ Mircea Eliade, *The Sacred and the Profane: The Nature of Religion*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1959, p. 32. [ed. cast.: *Lo sagrado y lo profano*, trad. por Luis Gil, Barcelona, Labor, 1983]. Para un debate posterior de estos símbolos urbanos de trascendencia, véase Yi-Fu Tuan, *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*, Englewood Cliffs, NJ, 1974 [ed. cast.: *Topofilia. Un estudio sobre percepciones, actitudes y valores medioambientales*, trad. por Flor Durán de Zapata, Barcelona, Melusina, 2007].

El Zigurat de Ur, relativamente bien preservado y construido alrededor del 2.100 a.C., fue el resultado del *boom* en la construcción de rascacielos que culminaría más al norte, en Babilonia, en aquello que los hebreos posteriormente denominarían la Torre de Babel, un zigurat de 81 metros de altura, que rivalizaba con las tumbas piramidales independientes de la necrópolis de Egipto. A diferencia de estas últimas, el Zigurat era una parte integral de la ciudad viva, un símbolo de la permanencia, la inversión y el compromiso cultural. Como era costumbre, no estaba ubicado en el centro geográfico exacto de la ciudad. En el caso de Ur se encontraba ligeramente hacia el Norte y el Oeste ya que el punto focal del *témenos*, el espacio sagrado de la ciudad claramente demarcado, estaba consagrado a los dioses y vedado al uso profano. También de modo típico, el *témenos* de Ur era de forma rectangular, sugiriendo a algunos observadores, como Mumford, la imposición del poder masculino como opuesto a la semiótica más «femenina» del círculo.

Como si fuera un microcosmos de la misma ciudad, el *témenos* también estaba alineado según los ejes más importantes, Norte-Sur y Este-Oeste, a pesar de que, como ya se ha señalado, se encontraba ubicado hacia el Noroeste. Esta «ciudad templo» constituía el centro de una comunidad religiosa de élite que controlaba el acceso al santuario más elevado y que, por consiguiente, controlaba muchas otras dimensiones de la vida y la cultura urbana. En el *témenos* había muchos santuarios, al lado de patios abiertos y de edificios que funcionaban como depósitos y centros administrativos. En su interior también se encontraba el palacio real, otra acentuación de una centralidad sagrada y secular que, con el tiempo, convertiría virtualmente al rey en un sinónimo (y en una metonimia) del centro de la ciudad. En el marco de dicha condensación espacial compuesta por el poder administrativo, militar, religioso y económico tuvo lugar la formación de la primera *ciudadela* real-e-imaginada del mundo, una ciudad dentro de la ciudad, un «centro cívico» monumental y dominante formado por edificios de gobierno diseñados para proteger y controlar la vida urbana y la sociedad civil.

Para los residentes de Ur, la combinación zigurat-palacio-ciudadela-rey se convirtió en la manifestación icónica materializada de la cultura y de la identidad territorial local. Muchos nombres comenzaron a ser asociados a este poderoso centro. Se lo llamaba la «cúspide de Sumer», el «centro del universo», un puente edénico entre el cielo y la tierra. También se le describió como *el pivote de los cuatro cuadrados*, frase particularmente vívida que puede ser aplicada a las ciudadelas de casi todas las grandes ciudades-estado del mundo antiguo, desde Teotihuacan hasta Beijing.¹⁵ La monumental

¹⁵ Para mayor información sobre esta última descripción del centro de la ciudad, véase Paul Wheatley, *The Pivot of the Four Quarters: A Preliminary Enquiry into the Origins and Character of the Ancient Chinese City*, Chicago, Chicago Press, 1971. Wheatley fue el preminente estudioso que abogó por un mayor énfasis en los orígenes ceremoniales de las ciudades.

ciudadela casi con seguridad dominaba el imaginario urbano, los mapas mentales y las representaciones urbanas que portaban consigo los habitantes de la ciudad-estado. Tal vez, la explicación a la prolongada ausencia de la pintura panorámica de paisajes urbanos hallada en Çatal Hüyük, encuentre aquí su explicación. La representación artística del espacio urbano implicaba ahora un simbolismo cosmológico y sagrado dominante que estaba concentrado de forma metonímica en la realeza de ascendencia divina y en sus expresiones concretas en la arquitectura monumental. La ciudad residencial secular y mundana, y tal vez también el paisaje natural, pueden simplemente haber desaparecido del imaginario urbano figurativo como sujeto relevante —o permitido— de expresión pictórica.¹⁶

Apelando a las evidencias disponibles y a una apreciación de las poderosas fricciones de la distancia, es posible especular acerca de los comienzos de una zonificación concéntrica y radial del uso del suelo residencial y del modo de vida en Ur. En su momento de apogeo, dicha ciudad podría tener alrededor de 35.000 habitantes dentro de los poco más de tres kilómetros cuadrados y medio contenidos por los muros, con tal vez un cuarto de millón en el mosaico regional de ciudades-estado y de las áreas subordinadas a su control imperial. La proximidad al centro sagrado, donde se encontraban los principales depósitos de granos y, al menos, un gran mercado, ofrecía importantes ventajas políticas y económicas relacionadas con la formación de clases y la distribución crecientemente desigual del poder.¹⁷ El anillo que rodeaba a la centralizada comunidad-ciudadela-mercado del templo, el lugar más favorecido de la «ciudad interior», probablemente fue ocupado en su momento por los habitantes urbanos mejor establecidos y más antiguos; en tanto que las localizaciones cercanas a los muros, especialmente las más alejadas de las entradas y las que se encontraban en la zona sur de la ciudad, semióticamente menos deseadas, probablemente sufrirían de algún modo las fricciones cotidianas derivadas de la distancia que las separaba de los centros de poder. Esta formación concéntrica emergente fue reproducida a lo largo de las cuatro avenidas radiales más importantes, conectando el centro con las puertas, especialmente hacia el Norte donde se encontraba el témenos.

¹⁶ El famoso mapa de Nippur, realizado alrededor del año 1.500 a.C. y considerado por muchos como el mapa más antiguo conocido en la historia, constituye una importante excepción a dicha ausencia de representación pictórica de la ciudad. La cartografía demuestra una notable habilidad para representar formas urbanas complejas sin recurrir a símbolos abstractos, incluidos varios edificios prominentes.

¹⁷ Las dos clases de mercado más importantes del suroeste de Asia contemporánea, la plaza abierta o el bazar bajo techo y los puestos o tiendas a lo largo de la calle, probablemente ya estuvieran bien establecidos en la ciudad de Ur. Mumford va incluso más lejos al describir el espacio más grande en la zona del templo como un «supermercado».

Formas de arte pictóricas encontradas en otras ciudades-estado mesopotámicas sugieren que los cuatro cuartos que giraban alrededor del centro de la ciudad también podrían haber comenzado a especializarse en diferentes tipos de actividades urbanas. En la ciudad de Ur hay evidencias de la existencia de un distrito financiero y mercantil bien establecido, y de un área especializada en la producción de artesanía. Un bajorrelieve hallado en el palacio de Nimrud, ubicado en las orillas del Tigris, muestra una ciudad circular dividida en cuatro partes, cada una de las cuales posee actividades específicas en su interior: manufactura de cerámica, peluquería, forja de hierro y lavandería. La figura 2.4 retrata la ciudad de Erbil (antiguamente Arbela) ubicada en el noreste de Irak, al pie de las montañas del Kurdistán, un espacio urbano que ha estado habitado de forma continua durante los últimos 6.000-8.000 años. La misma nos permite acceder a una imagen contemporánea de cómo habría sido Ur.



Figura 2.4. Erbil actual (antiguamente Arbela) en el noreste de Irak [fuente: A. E. J. Morris, *History of Urban Form: Before the Industrial Revolution*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1974: 9, figura 1.11]

El trabajo de Woolley sugiere también que la «Gran Ur» estaba rodeada por lo que podemos considerar los primeros suburbios, tanto en forma de villas, con espaciosos jardines y tal vez casas de ayuda doméstica, como de grupos de edificios dispersos que se extendían más allá del área edificada de la ciudad a lo largo del camino de siete kilómetros que conducía al templo de 'Ubaid. Tal y como señala Mumford (1961: 483) «el suburbio aparece casi al mismo tiempo que la propia ciudad y, tal vez, explique la habilidad del antiguo pueblo para sobrevivir a las condiciones insalubres que predominaban dentro de sus muros». Sin embargo, no deberíamos exagerar el carácter ordenado de dichos diseños del espacio urbano secular y de las prácticas espaciales. Después de todo, uno de los términos sumerios más utilizados durante dicho período para describir el entorno urbano edificado era el de «laberinto». No cabe duda, sin embargo, de que la producción y reproducción de la vida social en Ur se estaban volviendo cada vez más ordenadas y cada vez más reguladas por la institucionalización *espacial* de la ciudad-estado o, recordando a Foucault, por el desarrollo de «tecnologías disciplinarias» que trataban de controlar la trama local del espacio, el conocimiento y el poder.¹⁸

Un rápido avance hacia la Tercera Revolución Urbana

El espacio de tiempo que media entre la decadencia de Ur, en el año 1.500 a.C., y el comienzo de lo que voy a describir como la Tercera Revolución Urbana, más de 3.000 años más tarde, puede ser considerado como un periodo en el que las formas de la gubernamentalidad territorial, la cultura y el modo de producción de la ciudad-estado, fueron ideadas, difundidas y reinventadas en todo el mundo, con relativamente pocos cambios en sus especificidades espaciales fundamentales. En su mayor parte, esta globalización de la ciudad-estado continuó basándose, con creativas variaciones locales, en los innovadores desarrollos que habían tenido lugar en los espacios urbanos mesopotámicos. Grandes imperios basados en ciudades, que aún seguimos denominando civilizaciones, surgieron y cayeron por muchas diferentes razones; entre las cuales tal vez la más común haya estado vinculada al desarrollo desigual de esas tecnologías disciplinarias y de su dominio material e ideológico sobre el espacio, el conocimiento y el poder. Al igual que Ur en el cenit de su poder, dichas civilizaciones imperiales fueron «estados

¹⁸ Esta referencia foucaultiana trae a mi mente el *tour* por la ciudadela de Los Ángeles, cuya descripción incluí en el capítulo 7 de *Thirdspace*, fuente de la cita introductoria del presente capítulo.

mosaico», claramente centrados en torno a la metrópolis dominante (aunque «patrópolis» o ciudad padre describirían con mayor precisión el orden patriarcal imperante).

Alrededor de la «tesela» central del mosaico imperial existía un fluido mosaico de ciudades-estado subordinadas y tributarias, cada una foco culminante de su propia cultura territorial local y de su propia jerarquía regional de ciudades, pueblos y aldeas. La adhesión y la autoridad territorial en la periferia dependiente eran mantenidas, principalmente, a través de la fuerza militar y de las promesas burocráticas de mejora económica, especialmente en relación con la defensa contra las hordas extranjeras dispuestas a la conquista y/o al saqueo, los bárbaros e *idiotés* (los incivilizados), así como también contra otras ciudades-estado expansivas. Sólo unas pocas ciudades imperiales centrales, como Roma y Teotihuacan, crecieron mucho en tamaño, con tal vez más de un millón de habitantes y un acrecentamiento concéntrico de sus muros demarcando los límites internos de la ciudad-estado imperial. Un conjunto de límites y fronteras territoriales, cambiantes y menos concretas, definían el alcance externo del poder concedido y autoritario.

Dentro de la ciudad, los poderes monolíticos de la ciudadela se fueron diferenciando cada vez más en esferas separadas —cada una representada simbólica y materialmente en lugares específicos. El palacio-zigurat fue dividido en una serie de oficinas centrales agrupadas para uso de las élites dominantes en los ámbitos político, militar, religioso, comercial, judicial y burocrático: el castillo, el palacio, la fortaleza, la catedral, el mercado, la plaza pública, el ayuntamiento, el juzgado —cada uno ubicado en la cumbre de una jerarquía, que organizaba el espacio urbano en un sistema de regiones nodales multi-escalonado y anidado, que se extendía desde el centro privilegiado del Estado mosaico hasta las «ciudades más distantes» de las periferias subordinadas y dependientes.

En casi todos los lugares, el crecimiento urbano continuó girando alrededor del centro de la ciudad, visualmente prominente y políticamente hegemónico, intensificando la centralidad tanto dentro como fuera de los muros de la ciudad. Aquello que los historiadores urbanos denominan expansión no planificada u «orgánica» tendió a ser más azarosa e irregular, pero el espacio urbano se volvió cada vez más planificado y regulado a medida que eran agregadas nuevas geometrías al modelo simple del círculo dividido en cuartos (centrales). Cuadrículas rectangulares determinaron de modo conveniente nuevas áreas de expansión, mientras que las áreas más antiguamente establecidas continuaron estructuradas en sectores radiales definidos, en gran medida, por los ejes de transporte más importantes originados en la ciudadela. Las prácticas espaciales y los mapas mentales de los habitantes de la ciudad siguieron reflejando, casi con seguridad, la geometría

simbólica y cosmológica que siempre había estado asociada al espacio urbano. Sin embargo, los lugares más seculares adquirieron un nuevo sentido en la vida cotidiana urbana y en la producción (y reproducción) social del espacio urbano. A pesar de que la forma específica y la geografía interna de las ciudades adoptó muchas formas y diseños diferentes, especialmente con respecto de las particularidades del lugar y de la situación, también es cierto que las morfologías urbanas creadas en todo el mundo durante los 3.000 años que siguieron a la decadencia de Ur mostraron una notable regularidad, hasta el punto de que poco es lo que requiere ser dicho sobre este periodo en nuestra nueva cartografía de la geohistoria del espacio urbano.¹⁹

Sin embargo, debe recordarse que hasta el siglo XIX la gran mayoría de la población, en casi todo el mundo, vivía fuera de las grandes ciudades, aunque generalmente estaba dentro de su esfera de control territorial. La necesaria producción de un excedente social se basaba, en cada ciudad-estado y en cada imperio, en la agricultura y en otras actividades del «sector primario» (cría de animales, minería, pesca, caza) que se beneficiaban mucho menos de la nodalidad y de la aglomeración, lo del trabajo de administración y control social, así como del comercio y de la industria artesanal. En la medida en que la producción social tenía lugar primariamente en áreas que parecían ser no urbanas, la mayoría de las historias materialistas de las sociedades humanas y de los modos de producción han tendido a pasar por alto las especificidades espaciales del urbanismo y del sinecismo, y a adoptar un enfoque funcional o tecnológico, en lugar de territorial o espacial. Una lectura más explícitamente geohistórica sugiere, sin embargo, que estas sociedades y estos modos de producción fueron desde el comienzo fundamentalmente urbanos y que gran parte de su dinamismo fue generado desde los densos nucleamientos de los espacios urbanos y del persistente estímulo de la nodalidad urbana.

No sólo la agricultura y el campesinado, sino también la cría de animales y el pastoreo, el comercio y la industria, el intercambio mayorista y minorista, la autoridad centralizada y la planificación política, la formación y la

¹⁹ Para una excelente visión general del desarrollo del entorno urbano edificado durante este largo periodo, véase A. E. J. Morris, *History of Urban Form: Before the Industrial Revolutions*, Nueva York, John Wiley and Sons, publicado originalmente en 1972 [ed. cast.: *Historia de la forma urbana: desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*, trad. por Reinald Bernet, Barcelona, Gustavo Gili, 1984]. Hay, por supuesto, una extraordinaria riqueza de referencias relativa al desarrollo de la civilización griega, romana, china y otras que resultan relevantes para este contexto, pero estas historias clásicas prestan poca atención al estímulo generativo de la aglomeración urbana y al influyente papel jugado por la especificidad espacial del urbanismo. Véase, por ejemplo, el innovador trabajo de Max Weber, *The Agrarian Sociology of Ancient Civilizations*, escrito en 1908 y reeditado por Verso en 1998.

lucha de clases comenzaron en y desde las ciudades; y siempre han estado integralmente vinculados a la evolución *específicamente urbana* de la división social del trabajo. Las relaciones sociales de producción y reproducción, y las relaciones de explotación de clase, la autoridad patriarcal y la dominación cultural, fueron no sólo concretadas —hechas realidad, diría Lefebvre— en prácticas espaciales materiales y en sus representaciones simbólicas en ciudades y regiones urbanas, sino que dichas espacialidades urbanas materiales y simbólicas eran en sí mismas fuerzas poderosas que daban forma a la verdadera naturaleza de la producción y de la reproducción social. En otras palabras, existe una *dialéctica socio-espacial* vital y, a menudo, problemática del desarrollo histórico de las sociedades humanas y de los modos de producción que frecuentemente ha sido pasada por alto, o cuya importancia ha sido minimizada por la academia occidental e incluso por las formas de historiografía más críticas. Por dicha razón se puede sostener un sólido argumento a fin de insistir en que los orígenes y el desarrollo de cada modo de producción, más allá de las formas más primitivas de la caza y la recolección, merecen ser descritos como intrínsecamente *urbanos y centrados en las ciudades*.

Con esta audaz conclusión podemos pasar rápidamente a través de la extensa y fascinante geohistoria de la ciudad-estado y su desparejo desarrollo global (dejando a otros el desafío de repensarla en términos espaciales), para entrar en otro tiempo y espacio, un nuevo punto de partida para una tercera y convulsiva transformación en la producción y reproducción social del espacio urbano, que nos acerca mucho más al presente. Desde Mesopotamia y su región inmediatamente aledaña, nos desplazamos a Europa Occidental en el periodo subsiguiente al Renacimiento y la Ilustración, a las primeras etapas de la Revolución Industrial, para ocuparnos directamente de la conmovedora narrativa espacial que, en palabras de Iain Chamber, nos puede «ayudar a algunos de nosotros a encontrar nuestro lugar en la modernidad».